

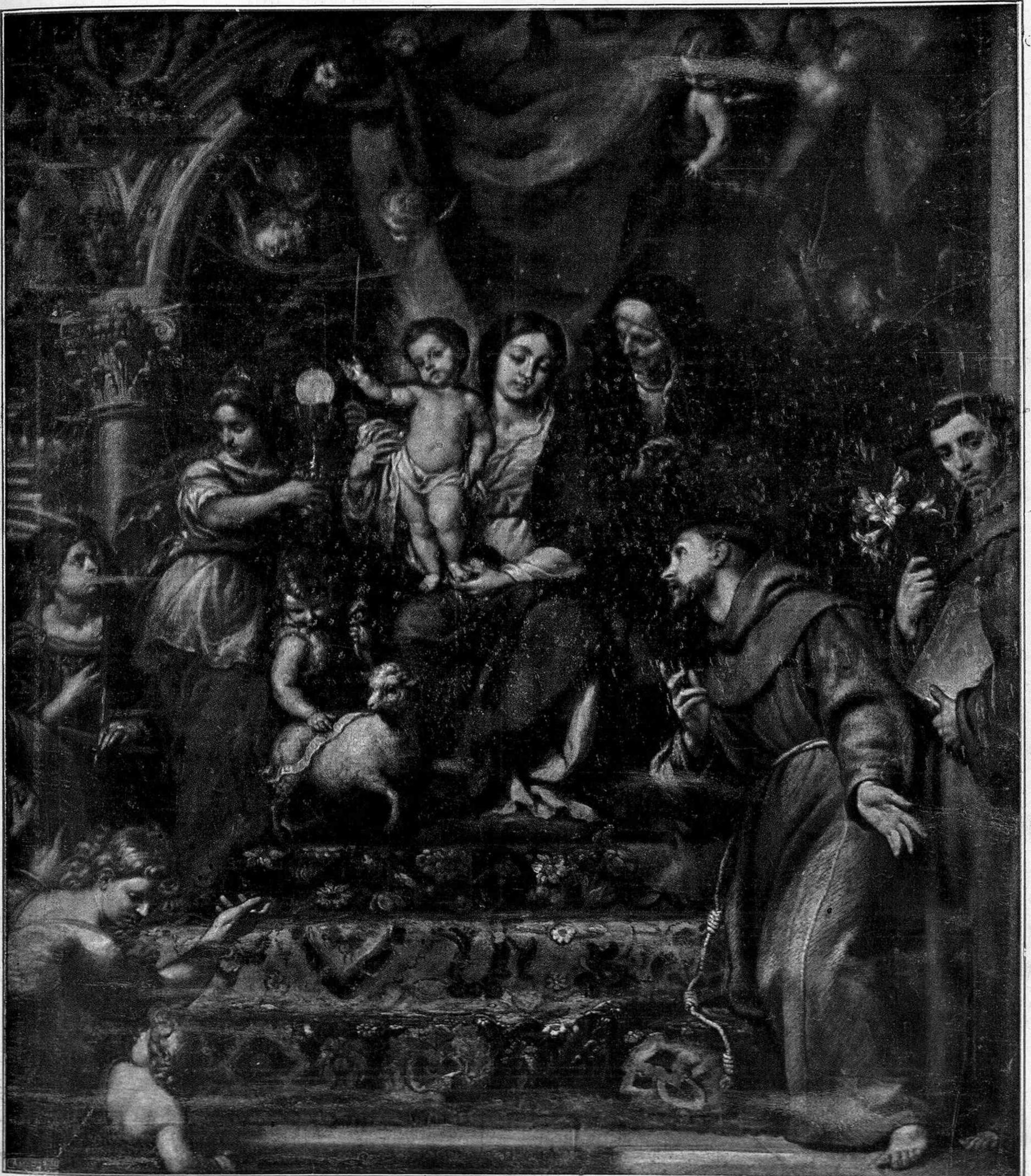
# La Esfera



Año VIII • Núm. 382

MAY 1921

Precio: Una peseta



JESUS Y SUS FIELES, cuadro de Claudio Coello, que se conserva en el Museo del Prado

PARÍS Y BERLÍN  
Grand prix et Medailles d'Or

# BELLEZA

No dejarse engañar y exijan  
siempre esta marca y nombre  
BELLEZA (Registrados)

**DEPILATORIO BELLEZA** Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

**Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas**  
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*; pues, *sin teñirlos*, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina*.

**CREMAS marca BELLEZA** (liquida ó en pasta espumilla). Blanchura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).



**LOCION BELLEZA** Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

**TINTURAS WINTER** Marca Belleza. Tiñen en el acto las canas. Sirven para el *cabello, barba y bigote*. Se preparan para *rubio, castaño claro, castaño oscuro y negro*. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos)** Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel oscuro.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En **Buenos Aires, Aurelio García, calle Cerrito, 393.**—En **Habana, droguería de Sarrá.**  
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

## GRANDS MAGASINS DU LOUVRE PLACE DU PALAIS ROYAL PARIS



LOS MAS ELEGANTES DE PARIS

LAS ULTIMAS CREACIONES PARA  
SEÑORAS, CABALLEROS Y NIÑOS

PIDASE EL CATALOGO DE LAS  
NOVEDADES DE LA TEMPORADA

Todos los pedidos para España se expiden franco de porte,  
de embalaje y de reembolso.

ENVIO FRANCO DE LOS CATALOGOS

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EVITA LA CAIDA DEL PELO  
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO  
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



## LOS NECESERES DE VIAJE DE LOUIS VUITTON

MODELOS LINDÍSIMOS CON PIEZAS UNICAS EN ORO Y CONCHA, VERDADEROS REGALOS DE PRINCIPES, PORTA-TRAJES LUJOSOS, Ó MODELOS SENCILLOS, HAN ADQUIRIDO UNA REPUTACION MUNDIAL  
• AL FAMOSO TAFILITERO PARISIEN •

LOUIS VUITTON  
70, CHAMPS-ÉLYSÉES  
PARIS

CATALOGO FRANCO A LOS LECTORES DE "LA ESFERA"

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

# LA PAPELERA ESPAÑOLA

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

## SEDLITZ CH. CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADOBILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS del SANGRE  
PREPARADO POR URIACH C<sup>a</sup>, 49, Bruch, BARCELONA

# La Esfera

Año VIII.—Núm. 382

Madrid, 30 de Abril de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



JARDIN DE ARANJUEZ

Cuadro original de Eliseo Meifren

DE LA VIDA QUE PASA

# Dionisio Pérez y el premio "Cávia"

Qué grato—y qué raro—es para nosotros escribir en honor de un compañero sin hacerle los funerales! Todas las glorias tienen su día en pleno triunfo. La pobre gloria del periodista suele limitarse á dejarle una coronita de laurel cuando ya para nada le sirve el homenaje. Aprovechemos, pues, esta ocasión de cumplir un acto de justicia con el corazón alegre. ¡Salud, Dionisio! En este inesperado desquite que le ofrece á usted la actualidad, los amigos antiguos le acompañamos, satisfechos. Ya los de «Prensa Gráfica», y singularmente los de LA ESFERA, le habrán celebrado. Espero no llegar tarde; y, aunque llegue, espero recordarle tiempos de lucha, los mejores para entonar el ánimo cuando nos detenemos un momento en el camino y miramos hacia el pasado.

Para hablar de sí mismo y para oír cómo le celebramos los demás, Dionisio Pérez tiene el carácter un poco rebelde. Pero estos días deberá acostumbrarse. ¡Qué representa el premio de A B C? Yo lo veo como una reparación. El premio «Cávia» se inaugura con el mayor acierto, recae en un verdadero articulista que ha escrito millares de artículos admirables y que, sin embargo, permanece al margen de los periódicos.

¿Periodista? Si no fuera más que periodista, Dionisio Pérez viviría lleno de amargura, porque el tipo de la revista gráfica semanal difícilmente puede recoger todas las iniciativas y aprovechar todas las aptitudes de un periodista. Y al quedar, como digo, al margen de los periódicos, esas facultades, esas condiciones que piden empleo, se exaltan, se tuercen y se convierten en una carga, en un manantial de crítica pesimista, para quien las posee. Por fortuna para Dionisio Pérez, es periodista porque es escritor, y es escritor porque su talento amplio y fuerte le ofrece fácilmente la forma de expresión de todas las ideas, al mismo tiempo que su cultura le presta rápidamente, en cualquier momento y sobre cualquier tema, las nociones exactas. No ha de sufrir él la tragedia del periodista que nació para hacer periódicos, que los hizo y que ya no los hace. Yo he visto alguna vez este caso, que no es nunca el del articulista, sino más bien el del redactor jefe. Para éste, la distribución del periódico, las secciones, la concesión ó el regateo de espacio á cada asunto, las titulares y el adjetivo, son otros tantos atributos de su poder. Con ellos gobierna el mundo. Si quiere, puede suponer que los hechos más graves no existen ó que el más liviano suceso es un acontecimiento. Todo pasa bajo su férula. Todo lo juzga. Es fiscal, árbitro de las grandes discordias, ministro de todos los ministerios, y aunque su periódico sea modesto, no por eso ve reducida su jurisdicción. Quitarle de pronto la gestión de los negocios públicos desde su mesa ó desde la platina, es promover una crisis total en el seno de un solo hombre. Aunque la Redacción no sea un paraíso, se acordará de ella toda su vida como del paraíso perdido. Porque ese periodista sin periódico no es nada, es menos que nada. ¡Qué distinto el caso del verdadero escritor, que al dejar el periódico ve casi siempre recobrada, liberada, aumentada su personalidad!

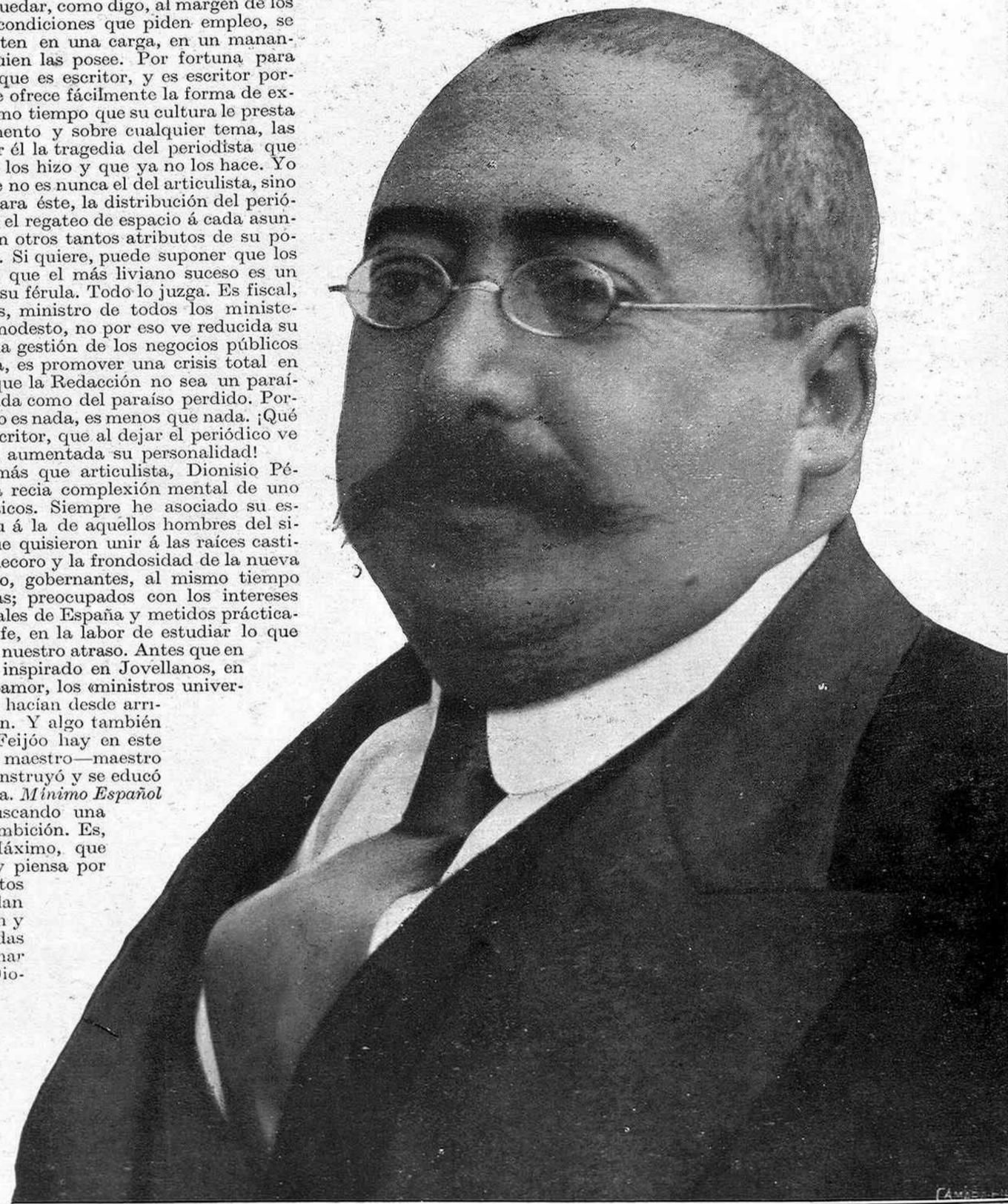
Más que periodista, y aun más que articulista, Dionisio Pérez tiene toda la contextura y la recia complexión mental de uno de nuestros enciclopedistas clásicos. Siempre he asociado su estilo y la tendencia de su espíritu á la de aquellos hombres del siglo XVIII y principios del XIX que quisieron unir á las raíces castizas de nuestra vida nacional el decoro y la frondosidad de la nueva civilización. Hombres de Estado, gobernantes, al mismo tiempo que literatos y hombres de letras; preocupados con los intereses culturales y los intereses materiales de España y metidos prácticamente, como obreros de buena fe, en la labor de estudiar lo que aquí puede hacerse para salir de nuestro atraso. Antes que en Costa, Dionisio Pérez se había inspirado en Jovellanos, en Aranda, Floridablanca y Campoamor, los «ministros universales», que traducían á Ovidio y hacían desde arriba, desde las leyes, la revolución. Y algo también del espíritu de Mariana y de Feijóo hay en este articulista, que empezó siendo maestro—maestro de escuela—y que por serlo se instruyó y se educó á sí mismo con rigurosa disciplina. *Mínimo Español* ha querido llamarse ahora, buscando una fórmula humilde de su gran ambición. Es, como los otros, un Español Máximo, que siente por los que no sienten y piensa por los que no piensan, y como éstos que ni sienten ni piensan se hallan en tan crecido número y medran y triunfan, la carga que sus espaldas han de soportar le hace caminar lentamente. Español Máximo, Dionisio Pérez apenas si está influido, como lo estamos otros que hemos trabajado con él, por las formas extranjeras, ya que no por los conceptos extranjeros. Creo que no ha salido nunca de España, y si saliera no me parece que había de ser hacia Francia, sino más bien hacia el otro lado del mar. Y lo que acepta de fuera, á título de contemporáneo, procura asimilarlo al genio de nuestra nación. Le he visto siempre dis-

puesto á recibir una idea nueva y á troquelarla en un cuño castizo, cualidad propia de su temperamento más bien que propósito y criterio de su razón.

Esa preocupación por la cultura del suelo y de la inteligencia, y ese concepto del deber político del escritor le hicieron periodista y en cierta época le llevaron á *El Imparcial*, donde le atraía, como nos atrajo á otros, un programa de noble estirpe y de valor permanente, no agotado todavía. Eso le llevó á la política y le valió la amistad de hombres que supieron utilizarle y estimarle, como Canalejas, y de otros menos agradecidos. Y eso le hizo diputado. Orador, polemista, fuerte en dialéctica y siempre animado de sólida preparación, Dionisio Pérez, poco dúctil, dió un día á los representantes en Cortes y á los distritos españoles el ejemplo—insólito—de la renuncia de su acta.

Mucho más podría y debería decirse de Dionisio Pérez; pero basten estas líneas en recuerdo de un día, ¡hace ya muchos años!, en que fui á llevarle mi primer artículo al cuartito de la redacción de *Vida Nueva*.

LUIS BELLO



D. DIONISIO PEREZ

Insigne periodista, á quien se ha concedido el premio "Cávia", creado por "A B C" para el mejor artículo publicado en los periódicos de España durante el año 1920

FOT. CAMPÚA

# EXALTACIÓN DE LA JUVENTUD



A ROGELIO PÉREZ OLIVARES,  
cordialmente:

Juventud, reina, pórtico del mundo,  
luna en creciente, suave como un velo,  
cerebro núbil, corazón profundo,  
don de los dones del clemente cielo.

Porque en tus alas de luciente oro  
suenan el amor como una blanda lira;  
porque en tus labios canta un áureo coro  
y en tu ancho pecho un ruiñeñor supira;

porque el amor en tu sedienta boca  
pone besos, y llanto en tus pestañas,  
y en una fértil Primavera loca,  
como en un mar tu primavera bañas;

porque tu gracia unge de armonía  
y de risa la tierra luminosa  
y te desgranas, loca de alegría,  
al sol, como granada y como rosa;

y tu alma, que es niña y es adulta,  
tiene la gracia de un almendro en flor,  
y es un claro vitral, que nada oculta  
de su fantasmagórico interior,

quiero cantarte á ti, mi buena hermana,  
llena de lozanía y de salud,  
juventud, que eres lírica mañana  
del día de la vida, juventud.

Que tus miradas vayan al pasado  
para ir victoriosas al mañana,  
cuando la flor sea un fruto madurado,  
una ilusión que se tornó manzana.

Y en tu veloz carrera, que tu mano,

puesta en el pecho, sienta los latidos  
de tu divino corazón humano,  
loco por los amores presentidos.

Haz tus torres aéreas encima  
de cimientos antiguos, venerables;  
pon tu mirada en la más alta cima  
y tus pies en las rocas más estables.

Y cuando mires hacia el mar, no vayas  
á encerrar en el puerto á tu galera,  
que más allá del oro de las playas  
está el tesoro oculto que te espera.

Y que seas alta como un cedro, fuerte  
como una encina, grácil como un pino;  
que sepas de la vida y de la muerte  
y conozcas el bosque y el camino.

Valiente como Hércules luchando  
con el león gigante de Nemea,  
hagan tus brazos al acero blando  
y venzan en la lucha por la Idea.

Por tu audacia y tu gracia, yo te exalto;  
en Apolo y en Marte, bella y fuerte;  
en Baco, alegre, con la copa en alto,  
y en Horacio, el orgullo ante la muerte...

—

Como aún tu bajel está en mi puerto,  
y he de seguir con él por mi camino,  
y dentro va mi corazón abierto  
con las velas al aire del Destino;

como aún en mis brazos te reclinan,  
perfumada de todos los perfumes,  
y, cual ramo florido y sin espinas,

en mi alma de poeta te consumes,  
por eso quiero hacerte un himno regio  
con las claras palabras de un lenguaje  
que tenga el argentino sortilegio  
del idioma triunfal del oleaje.

Con el tumulto de mi sangre ardiente,  
llena de ti, como de Dios el mundo;  
con el alma en la luz, alta la frente,  
y el pensamiento puesto en lo profundo,  
quiero cantarte á ti, mi buena hermana,  
llena de lozanía y de salud,  
juventud, que eres lírica mañana  
del día de la vida, juventud.

Pero en el bosque no te quedes quieta  
como las hamadriadas. Que seas viento  
mejor que calma, rápida saeta  
mejor que caracol oculto y lento.

Juventud, no desmayes. Que tus rosas  
no se marchiten bajo el sol de estio  
y que tus sueños—blancas mariposas—  
no se malogren nunca por el frío...

Juventud áurea, ¡oh, ágilino roble!,  
luz encendida en medio de los vientos,  
abre los brazos al orgullo noble;  
pon en tu boca líricos acentos.

Flor encendida, juventud riente,  
verde collado, rosa medio abierta:  
¡levanta al cielo la serena frente  
y abre del mundo la pesada puerta!

Rogelio BUENDÍA

DIBUJO DE OCHOA

# EL COPISTA DE NUESTRO MUSEO DE ALBAÑIL Á PINTOR DE REYES

Fué allá por los alborotados años de 1868 y 1869 cuando llegó á Madrid y fijó su residencia en la Corte un alemán de vigorosa complexión y regular estatura; guedejas y barbas lacias y rubias; escondidos los ojos de mirar penetrante tras unas enormes gafas. Tendría poco más de los treinta años.

A las ocho de la mañana, antes de que abrieran las puertas del Museo del Prado, ya estaba allí paseándose á grandes zancadas, y luego colocaba su caballete ante un Rubens, un Velázquez, un Tiziano, un Ribera, y copiaba afanosamente, hasta que los vigilantes anunciaban que había llegado la hora de cerrar. Concluido un lienzo, lo recogían unos carpinteros, lo embalaban cuidadosamente y lo enviaban á Munich.

Rápidamente, como si trabajara á destajo, aprovechando desde los primeros á los últimos minutos las horas enteras que estaba abierto el Museo, el copista alemán hacía las más prodigiosas reproducciones



"Bocetos y retratos de mujeres" hechos por Lenbach

no pasaría de ser, como él, un humilde albañil.

Por aquellos días llegó al pueblo natal de Lenbach, á Schrobenhausen, un pintor que gozaba fama en Alemania: Hofner, que llenaba los comedores de la burguesía con sus reproducciones de animales y de frutas. El niño Lenbach le vió disponer sus modelos sobre una mesa y luego copiar afanosamente lo que veía. Súbitamente la vocación despertó en él: copiar é interpretar la Naturaleza sería su oficio; pero no la Naturaleza que Hofner encerraba en sus cuadros: unas aves y unos

gazapos muertos y unos racimos de uvas ó gorsellas; la cesta de la compra con que retorna la criada del mercado; sino toda la Naturaleza con su variedad y su grandeza, y sobre todo el hombre, que parece resumirla y condensarla.

Lenbach, padre, creía que todo ello era una alucinación de su hijo, quien había comenzado su empresa de arte pintando retratos de todos los vecinos de Schrobenhausen. Estas primeras obras eran de una técnica primaria é instintiva, pero bastaron para convencer al albañil, que consintió en que su hijo fuese á Munich á aprender, y le señaló una pensión de tres reales diarios. ¡Horas de angustia y de miseria! El niño picapedrero organizó su vida con aquellos setenta y cinco céntimos diarios; un camastro en un sótano y un pedazo de pan diario le bastaron durante los meses en que asistió á la Academia de Bellas Artes. Luego entró en el estudio del pintor Groefle y comenzó á trabajar

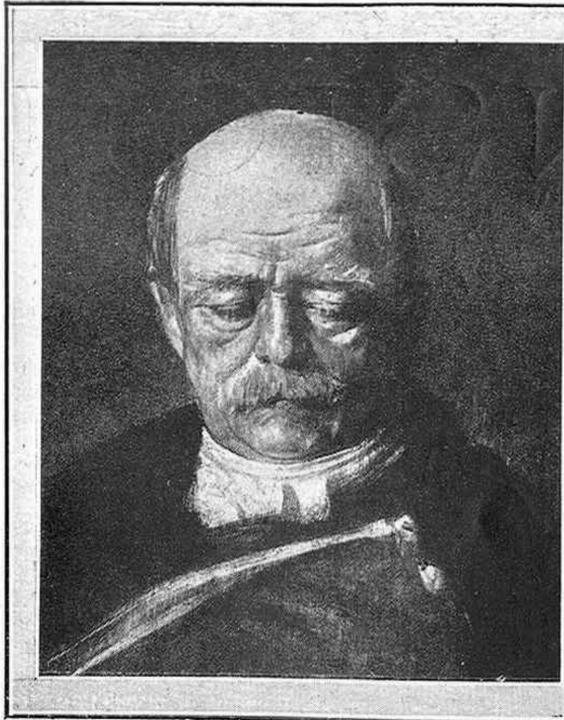
de los grandes maestros que se habían conocido. Bien pronto, desde el director del Museo al último copista de los que allí estudiaban, advirtieron la estupenda labor que el alemán realizaba, y se le acercaban y le miraban trabajar, como si quisieran arrancarle el secreto de su procedimiento. En los cuadros más difíciles, en los Velázquez mismos, la fidelidad de la copia era tan asombrosa, la exactitud de la reproducción era tan exacta, que en más de una ocasión se hicieron apuestas sobre la posibilidad de confundir los originales y las copias.

Se llamaba el alemán Franz von Lenbach, y no se sabía de él sino que había sido profesor en la Academia de Bellas Artes de Weimar, y que recorría Italia y España copiando los cuadros más famosos para la colección que en Munich estaba formando el conde Schack, poeta mediocre, bohemio incorregible y Mecenas admirable.

El conde Schack conoció á Lenbach haciendo la reproducción de uno de los cuadros de Rubens que había en la Pinacoteca antigua de Munich, y adivinó el genio del joven pintor, entregado entonces á la afanosa labor de pintar á

destajo para los comerciantes que le mantenían. Desde aquel día Lenbach trabajó exclusivamente para su protector. Su vida es un milagro de vocación y de voluntad.

El padre de Lenbach era albañil; un albañil enamorado de su oficio, que sentía el placer de construir y que creía que la más alta y noble y sublime ocupación á que un hombre puede dedicarse es la de ser arquitecto. Así, de su hijo hizo un albañil y un picapedrero, que á los catorce años ya ayudaba á su padre como aprendiz, si bien estimulándole á que estudiase y aprendiese, y aun enviándole por las noches á la escuela profesional de Landshut, donde se enseñaba á los alarifes dibujo lineal y nociones de arquitectura, que podían convertirlos en capataces y ayudantes y sobrestantes. Pero Lenbach era torpe; la rigidez y disciplina del dibujo lineal repugnaban á su espíritu creador, y su padre se desesperaba creyendo que el muchacho



"Tres retratos de Bismarck", originales de Lenbach

para los comerciantes, que le pagaban sus copias de la Pinacoteca con unos puñados de feniges.

La protección del conde Schack llevó prontamente al niño picapedrero á los goces de la abundancia y de la gloria. En España, no sólo hizo las portentosas copias de numerosos cuadros del Museo del Prado, que se conservan en la Galería de su protector, sino que, habiendo ido á Granada, sintió su alma invadida por la belleza del paisaje y pintó numerosas vistas de la Alhambra y sus alrededores. El triunfo definitivo y clamoroso llegó bien pronto; fué en la Exposición de París de 1878, y lo obtuvo con un solo cuadro: con el retrato de un canónigo.

Desde entonces tuvo dos clientes apasionados de su arte; fueron Bismarck y Moltke, de quienes hizo una treintena de retratos diferentes. Luego, como Rubens, uno de los maestros á quienes con tanta delectación había copiado, el niño picapedrero llegó á ser el pintor de los reyes, de los príncipes, de los magnates, de los aristócratas. Los Emperadores de Austria y de Ale-

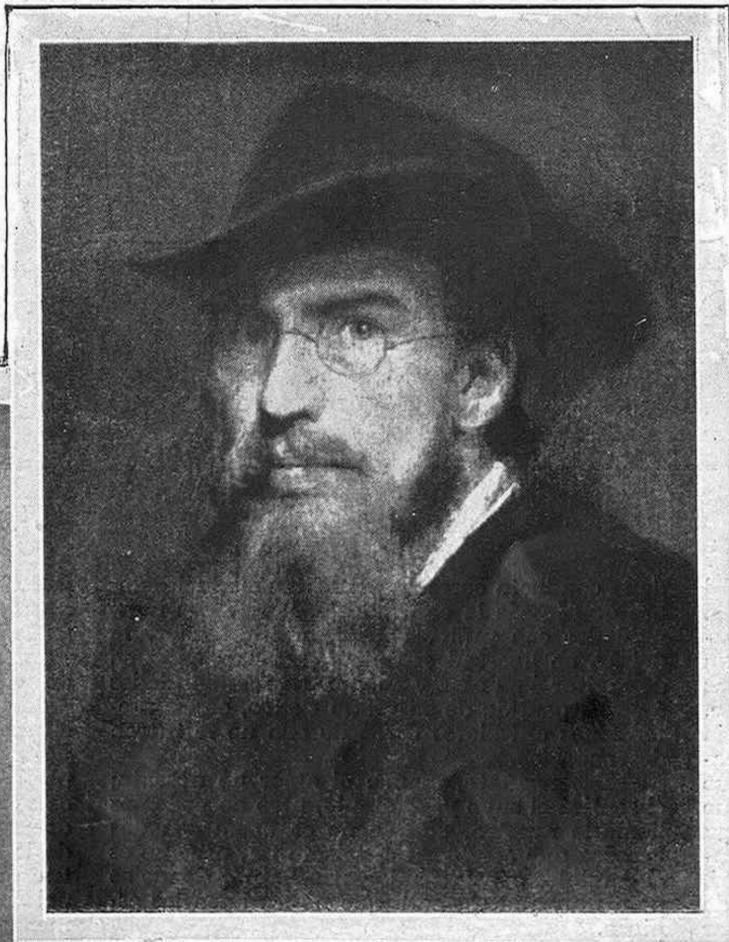
mania—el viejo Guillermo I y su hijo Federico—, los Reyes de Sajonia, de Baviera y de Bulgaria, los Príncipes y grandes duques alemanes, Gladstone y Emerson, Wagner y Litz, León XIII y el canceller Hohenloe; cuantos hombres llegaron á las cumbres en la Europa del siglo XIX fueron retratados por Lenbach.

Fué, sin duda, el más profundo y vario y múltiple iconógrafo de su edad.

rigía una peregrinación de mujeres, que deseaban servir de modelos al pintor. Jamás artista ninguno ha sentido tan intensamente el placer de recibir como homenaje, cuando menos, deliciosas sonrisas de gratitud de las mujeres de más alta posición de Europa ó de las de más asombrosa belleza: la Emperatriz Federico y la Reina de Italia, Eleonora Duse y Lilian Sanderson, aristócratas rusas, inglesas é italianas...

Lenbach hizo revivir en Munich el ambiente de arte en que vivieron Tiziano y Rubens. El árbol del bien y del mal cobijaba su estudio de pintor, donde se acumulaban incalculables y exquisitas riquezas, y le ofrecía los más delicados frutos, dignos de la tentación. Algunas veces, en medio de tanto fausto, Lenbach se sentía triste y desaparecía de la capital bávara. Acompañado de su hija Marion, tan bella como la más bella de sus modelos, iba en religiosa peregrinación al cercano pueblo de Schrobenhausen y pasaba unas horas en la casita donde vivió un humilde albañil, que había hecho un ideal de su vida tener un hijo picapedrero.

AMADEO DE CASTRO



"Autorretrato de Lenbach"

tiple iconógrafo de su edad. Los historiadores no podrán en el porvenir indagar los sucesos de Europa sin buscar en los retratos de Lenbach la psicología de estos personajes. Pero, sobre todo, á aquel palacio que en Munich habitaba el pintor, en la admirable plaza encuadrada por las blancas columnas de la Glipoteca y los Propileos, se di-



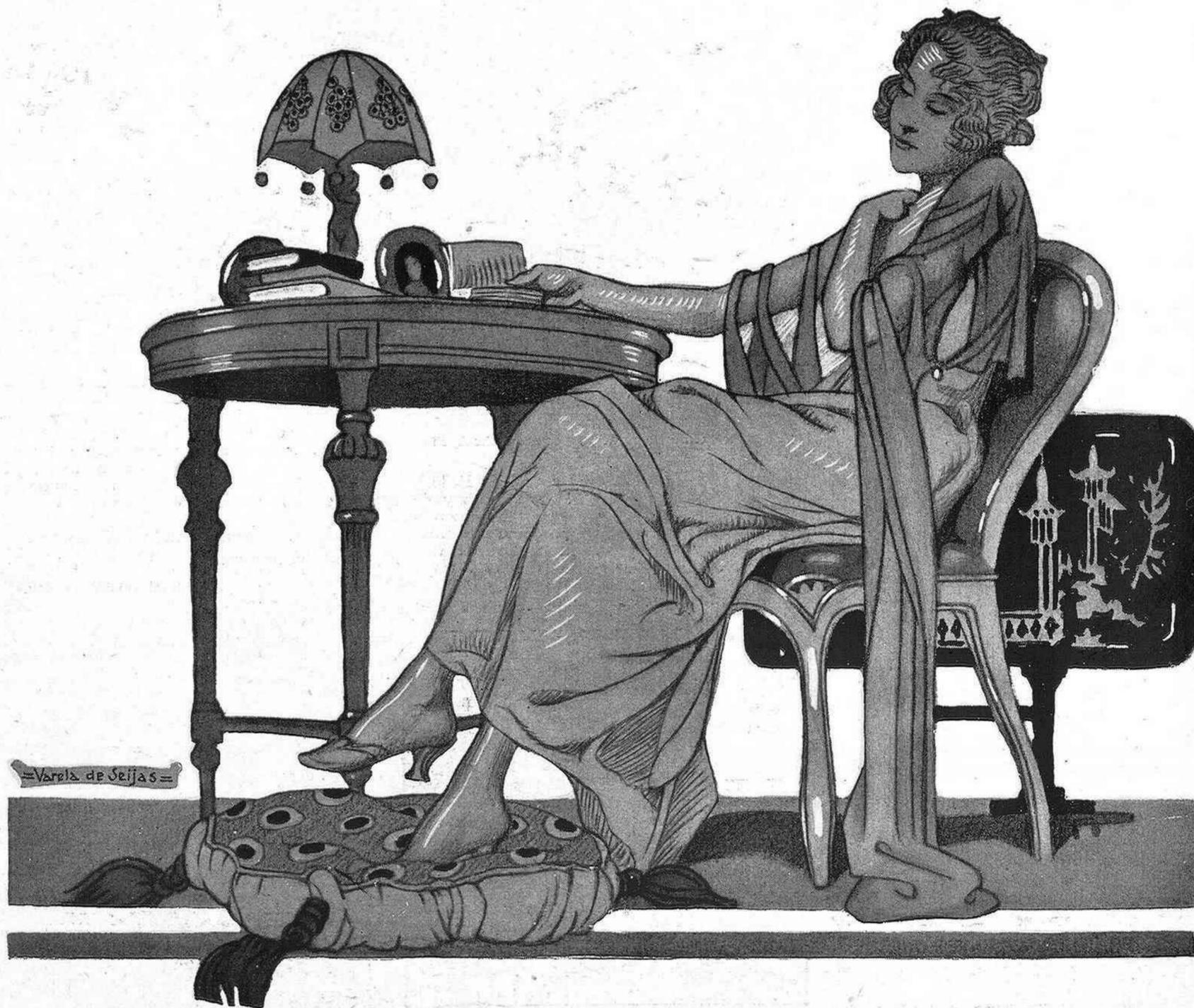
"La condesa de Goerz"



"El general Moltke"

CUENTOS DE "LA ESFERA"

# INCOMPRENSIÓN



La dama cerró el *Kempis* con desaliento. El tumulto de su corazón enrarecía aquella tarde su cerebro, y las máximas admirables del filósofo prusiano no penetraban en su inteligencia, cual la lluvia benéfica que tantas veces descargara su espíritu rebelde ó deprimido. De la página ahora leída, sólo una sentencia quedara estereotipada en su memoria: «Si padeces injusticia, piensa que de algo tendrás que acusarte, y encontrarás conformidad en lo que tú crees castigo.» ¡Castigo! ¿Y por qué? Toda su vida se había ajustado al deber y á la obediencia, y con esa minuciosidad que resalta el dolor, recordaba y analizaba su existencia entera de sacrificio y resignación, iniciado al aceptar aquella boda impuesta por sus padres, contentos de encontrar en aquel ingeniero extranjero, tan educado y tan inteligente, una promesa de seguridad en el porvenir; y se casó convencida por las razones de su madre de que el destino de la mujer era ese, y había que aprovechar las ocasiones, ya que con aquel muchacho tan culto y de familia tan distinguida su felicidad sería completa. Y accedió inconsciente, conociendo apenas sus sentimientos, expresados tímidamente y vagamente comprendidos, en el chapurreo francés en que se entendían. Después, su vida, al principio tranquila, cerca de los suyos, que disipaban sus recelos, fundándose en el distinto temperamento, cuando ella, pasado el extrañamiento de los primeros días, se dolía

de la conducta correcta pero fría de aquel hombre que jamás la contradecía, le reía sus ingenuidades con protección de superioridad, y la dejaba en libertad completa, hasta el extremo de invitar á su casa y autorizarle familiaridades á aquel perdido de su primo Perico, cuyas pretensiones anteriores cerca de ella no le fueran desconocidas.

—Desengáñate, mamá: el amor no nos ata; él sentirá el suyo y yo el mío, pero no podemos llamarle nuestro, porque no se unen; son dos veredas que conducen al mismo fin, pero no es el caminito con la senda estrecha por donde se pasa muy juntos, para que no lastimen las espinas.

—Mira, hija: déjate de romanticismo; en ese camino no hay espinas; esas flores exóticas sin perfume no las tienen.

Y ella callaba admitiendo el renunciamento.

Luego, ya concluidos los estudios de explotación de la mina, el regreso al país norteño, residencia para ellos definitiva; la llegada á la gran urbe, aquel atardecer de Noviembre, envueltos en la niebla y la lluvia menuda, que caía sobre su corazón, enlodándolo de tristeza; la entrada en casa de su suegra y el aislamiento que en aquella mansión le siguió; las comidas ceremoniosas, en que la madre, las dos hijas, su marido y ella componían un cuadro de reservas y de etiquetas en que el *please* y el *thanks* alternaban con el comentario del tiempo, tema obli-

gado de conversación, y que se descomponía al acabar el condumio para retraerse cada cual en su lectura, mientras ella se deslizaba inadvertida á su cuarto para abismarse en el recuerdo de su familia y de la patria amadas.

Motivo de queja no tenía ninguno. Las dificultades de comprensión las suplían sus afines políticos con el gesto cariñoso y la dulzura superficial con que acompañaban el breve intercambio de relaciones mutuas; pero esta afabilidad se marcó en contrario cuando, á la llegada de la criada que su madre le enviara, en la extrañeza de verlas hablar juntas, apareciera la palabra *shoking*, y la escena que siguió, comenzada en tonos suaves, para rogarle que evitase aquellas familiaridades que las avergonzaban, y que subió de punto para acabar en disputa, cuando ella recabó su libertad personal en la consideración y afecto hacia aquella muchacha, vástago de generaciones que se sucedieran en el servicio de su familia, excitada también y molesta por la pasividad del marido, que evitó la intervención marchándose á la calle y disculpando luego su abandono con aquello de *Not my business*, aunque desde luego no hiciera objeción al cambio de domicilio. Y en el nuevo hogar nació su hija, y en aquel paréntesis abierto de esperanza y de cariño olvidó y se conformó con todo, para consagrarse á su tesoro.

Ante la protesta de la *nurse*, cuyas facultades

creía mermadas, cuidaba el menor detalle referente á la nena: por la noche se levantaba á observar su respiración; sufría sobresalto si tosía; si acusaba algún fenómeno de digestión, pesaba la ropita con arreglo á la temperatura. ¡Lo que se reían todos de sus puerilidades!

Y pasaron los años, y se sucedieron los acontecimientos alegres y tristes en la familia; se casó la menor de sus cuñadas y se divorció dos años más tarde, para volverse á casar; murieron los padres y la madre de ambos; y su hija crecía cual flor bellísima en el búcaro de su corazón. Su marido era ahora director de una Compañía poderosa; seguía, como siempre, reservado, sin ocuparse de ella ni darle cuenta de nada, ni menos de sus negocios, pero adivinaba la prosperidad por la generosidad con que le repetía los cheques, que, afanosa y ahorrativa, acumulaba en su cuenta; y él reía y reía cuando le enseñaba las cifras de sus depósitos, exclamando:

—*Silly mother, really you are a good woman.*

Por eso ahora se deshacía en amargura.

Ella había soportado la indiferencia, la emigración, el extrañamiento de todo; pero en la obscuridad se guiaba por aquella lucecita que brillaba intensamente en su vida con devoción de eternidad; mas entonces aquel resplandor también se le apagaba, y era su hija, educada ya y recién salida del Colegio, la que renunciaba á su cariño y á su tutela, porque la madre la quería buena, y su austeridad se alarmaba cuando le anunciaba invitaciones de muchachos hermanos de sus amigas, que deseaban comer con ella en restaurante, como es costumbre, para ir después al teatro.

—Hija mía: no tienes más que diez y siete años; cuando seas mayor; ahora no debes volver sola con un chico á las once de la noche.

Y procuraba compensarle la negativa procurándole distracciones y caprichos; pero á la conformidad del principio siguió la contrariedad y la rebeldía; también la chiquilla encontraba *shoking* la cordialidad respetuosa de la vieja sir-

vienta, y le molestaba que su madre se ocupase tanto de su *baby*, como cariñosamente la seguía llamando. Cada país y época tiene sus costumbres, y ella era ciudadana de un país libre, con educación moderna, y quería su libertad para salir, entrar, gastar su pensión, vestirse á su gusto, sin que nadie interviniera ni la acompañase. Por la forma irrespetuosa en que se formuló esta queja, la madre se enfadó. Como todo espíritu generoso, por el ruego lo daba todo; por imposición, nada; é inquieta por esta modalidad de la niña, y decidida á redoblar su vigilancia, á la mañana siguiente, cuando el correo vino, le abrió una carta, que precipitó los sucesos, porque la muchacha, al enterarse, silenciosamente se dirigió al *garage*, y tomando su pequeño automóvil, fué á la oficina de su padre á contarle el hecho y á comunicarle su resolución de ingresar aquel mismo día en un Instituto comercial para ponerse en condiciones de ganar su vida y

hacerse independiente, rogándole que, en vista de la grave incompatibilidad con la educación y costumbres de su madre, le anticipara sus derechos de mayoría de edad para tener la absoluta responsabilidad de sus actos.

Una hora más tarde su marido le daba cuenta de su resolución aprobatoria, conforme en un todo con los deseos de la hija, y le anunciaba la llegada de su hermana soltera, toda ecuanimidad y rectitud, llamada por él como mediadora ante el temor de violencias desagradables que estaba dispuesto á evitar; la cual atendería á su sobrina mientras ésta preparaba su instalación fuera de la casa.

—¡Pero yo lo impediré! ¡Tengo mis derechos! —gritó.

—Aquí no tienes ninguno; los hijos pertenecen al padre, y mi autoridad es única y absoluta; el pájaro quiere volar, y yo le abro la jaula, ya que tu atraso y tu intolerancia le han hecho imposible el cautiverio. Y ni una palabra más.

Y cayó anonadada, indefensa, ante la hostilidad de todos. Y cuando, tras unas horas de inconsciencia, acudió al libro santo, también éste le negaba su consuelo en aquella hora de turbación.

De su abatimiento la sacó el rumor casi imperceptible de un sollozo; alzó la vista, y allí cerca tenía á su criada, su amiga, la única que la comprendía, que la quería, que no la abandonaba; ella representaba su patria; le recordaba su familia. Con impulso poderoso se abalanzó y la estrechó en un abrazo, y en el dulce refugio se desbordó el torrente de sus lágrimas.

De la habitación inmediata venía ruido de risas y algazara, cuyo eco levantó amenazador el puño de la aldeana... Eran tía y sobrina que jugaban y acariciaban sus perros.

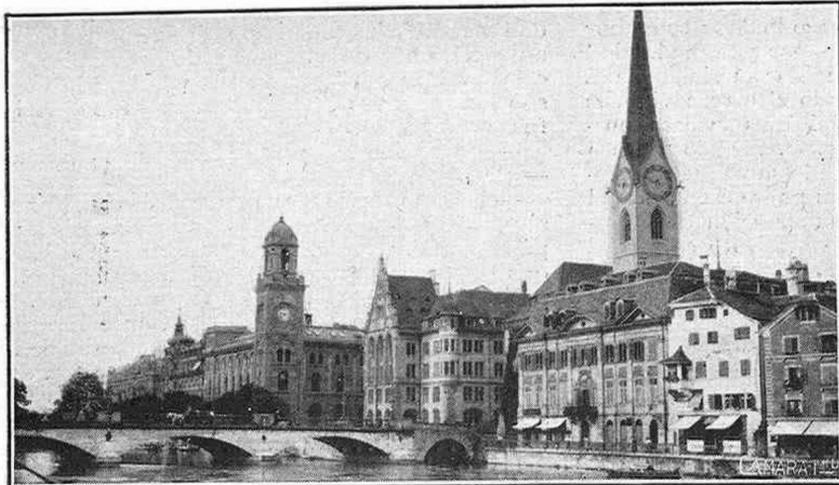
PILAR RIGO (SWALLOW)

Londres, Abril 1921.

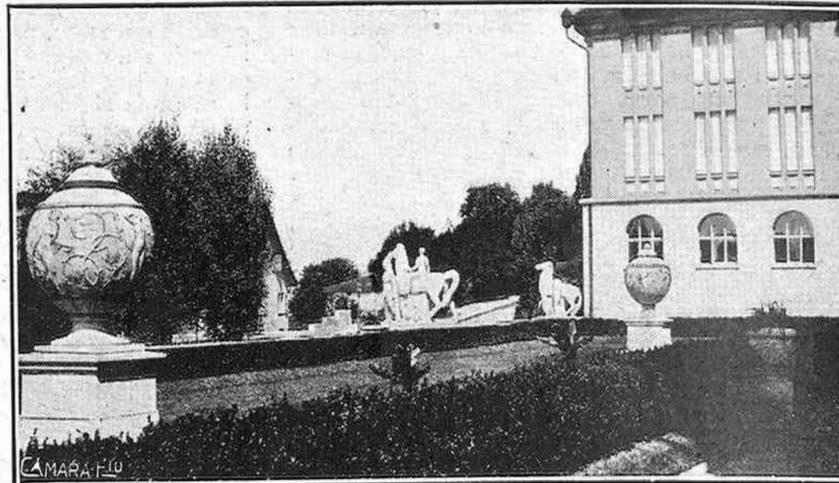
DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



# LA CIUDAD DEL ESTUDIO



Zurich es la ciudad del estudio



Jardín de la Escuela Politécnica

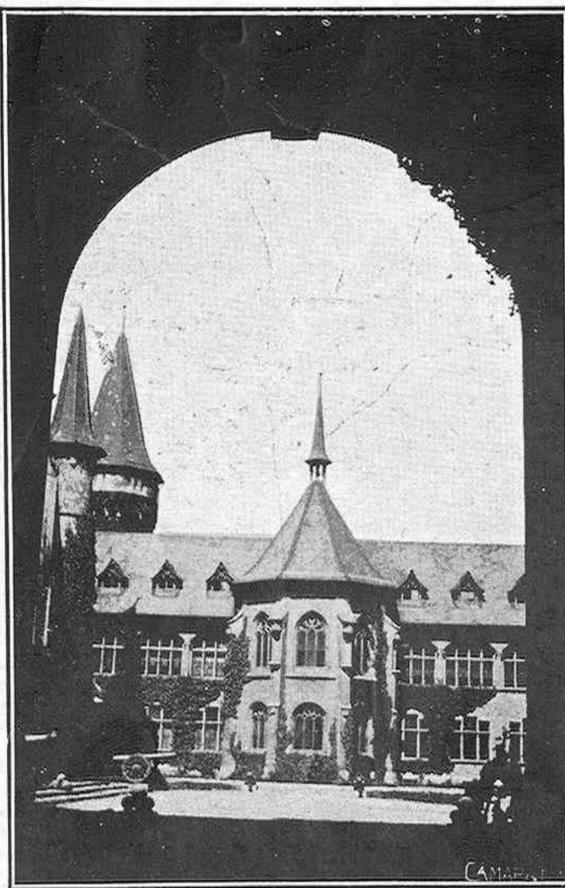
De esta Suiza alemana, cuya puerta de oro es la bella Lucerna, soberana del lago en que retratan su cadena de cumbres los gigantescos Alpes, lo más interesante para un observador es la ciudad de Zurich.

Las Ciencias y las Artes han adquirido en ella un desarrollo inmenso y es un modelo de Civilización y de Progreso.

Zurich es la ciudad del estudio; sus Universidades son famosas; sus laboratorios, notables; cientos de trenes entran y salen en sus estaciones sin un segundo de retraso; miles de obreros acuden á las fábricas que alrededor de la ciudad yerguen sus chimeneas bajo el cielo grisáceo, é infinidad de jóvenes de todas las razas dedican sus mañanas de estudio á los laboratorios y á las aulas y las tardes á los grandes talleres y á los campos de sport.

Flota en su ambiente la inmensa actividad de una gran maquinaria en trabajo constante, como si trepidara siempre la ciudad bajo el impulso de las potentes ruedas de sus locomotoras..., y, sin embargo, la vida es tranquila; la ciudad, callada...

«Bonita como una piedra preciosa» y abrazando las orillas del Lago, la antigua *Turicum* de los romanos se extiende en el valle del Lim-



Un patio del Museo

mat agrupando á lo largo de sus verdosas ondas las puntiagudas casas y las esbeltas torres.

Sus moradores parecen hechos para trabajar siempre. A un «señorito bien» le sería muy difícil pasar sus horas en Zurich. Tendría que entrar en la Universidad, donde le abrumaría seguramente el orden que allí reina entre los estudiantes; no encontraría paseos donde ver confundidas las «niñas bien» y los mendigos, porque en Suiza las mujeres estudian y trabajan; los mendigos no existen; y aun se sorprendería si entraba en un Museo al ver las ricas colecciones abandonadas á la custodia pública.

Al llegar el domingo vería extinguirse el rumor incesante del trabajo y quedar silenciosa la ciudad; mas para hallar á sus habitantes tendría que recorrer las orillas del Lago, llenas de pueblecillos pintorescos y de castillos históricos; y cuando, al fin, un barquito de ruedas, dejando atrás los cantos melancólicos y los himnos alpinos de los excursionistas, le tornara á Zurich, tendría que refugiarse en el concierto clásico ó en el rincón de la cervecería, entre la multitud de familias suizas que se pasan las tardes del domingo ante los grandes vasos de este dorado líquido, que es delicioso para ellos, porque en Zurich es el pan del espíritu; ante su

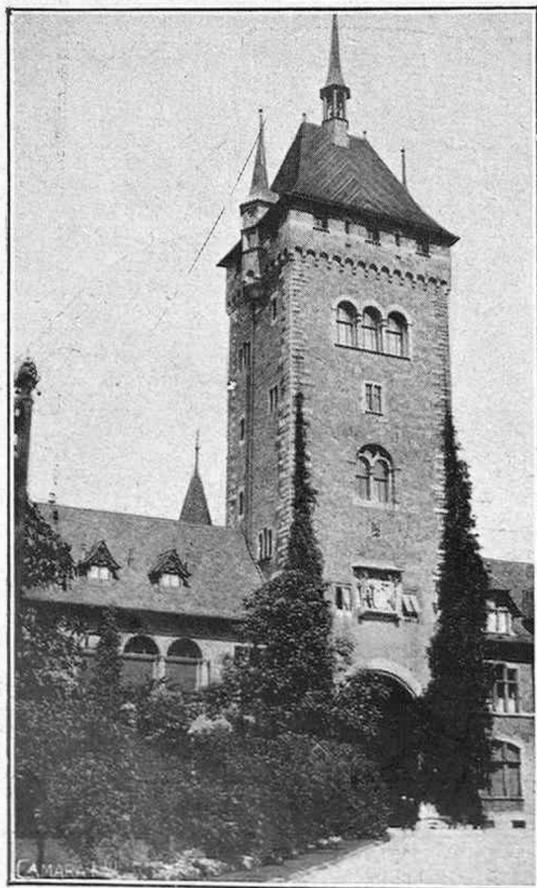
transparencia se confunden el estudiante y el obrero, el protestante y el católico; chocan sus vasos la mujer y el marido, los dos amigos, los amantes, y en ese instante, que es pausado y solemne, todos se tornan silenciosos y graves...

A las diez de la noche Zurich está silencioso; tendría que refugiarse, al fin, en su retiro, y si la luz amarillenta de una lámpara no le llamaba sobre el libro de estudio, y abriendo la ventana extendía la mirada sobre Zurich dormida, vería las calles solitarias; ningún sonido discordante llegaría hasta su oído; acaso el apagado acorde de una orquesta; sólo, surgiendo en la penumbra, vería la torre inmensa del gran Observatorio, como un vigía constante, surcando en los espacios con sus potentes ojos el campo de los astros...

¡Ejemplo magno el de esta Confederación Helvética, que ha domado los impulsos potentes de la Naturaleza; ha llevado desde el fondo de sus pintorescos valles hasta las inaccesibles cumbres de los Alpes gigantescos, con el grito de su civilización, el aliento trepidador de sus máquinas, y sus Cárceles están casi vacías!...

FRANCISCO M. DE PADILLA

Zurich, 1921.



... tendría que entrar en la Universidad



... vería la torre del gran Observatorio

## La puerta del Hospicio y el churriguerismo

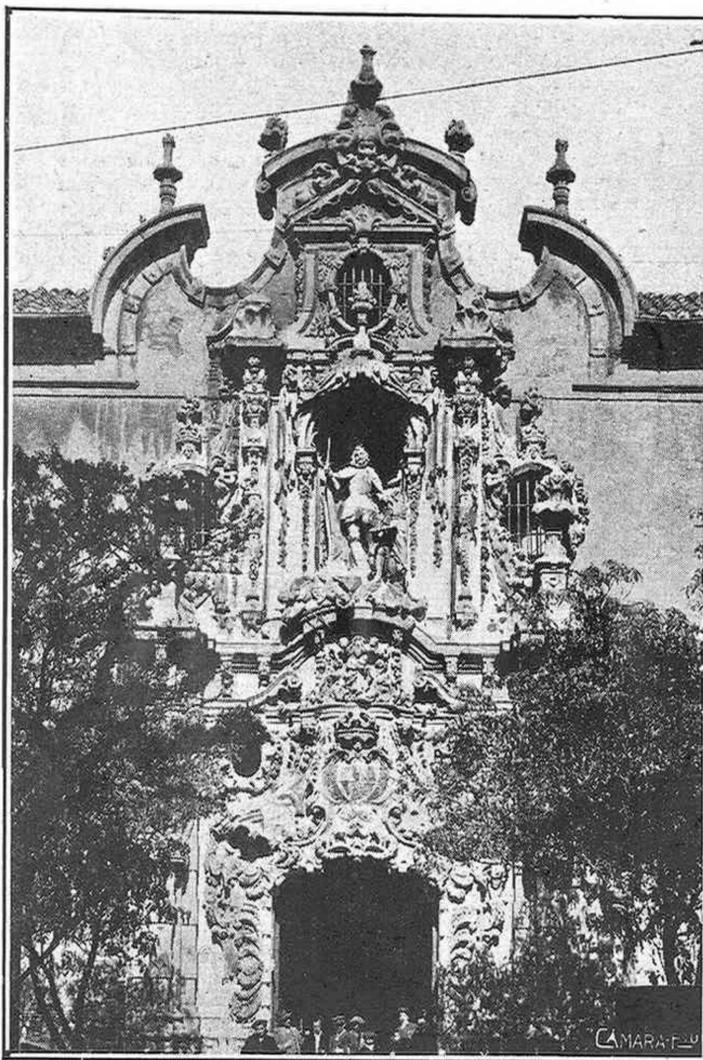
DE periódico en periódico ha ido estos días, como pajueta, candela, cerilla encendida (vivo te lo doy, si muerto me lo das...), una noticia alarmante para Madrid. Se trata de conservar la portada del Hospicio; plausible propósito que ha motivado exageraciones no tan plausibles y el principio de una cuestión ó litigio entre el Estado y el organismo provincial, que es motivo de alarma para Madrid.

La Diputación provincial hace años que quiere enajenar el Hospicio para construir otro. Hay dos móviles en la pretensión: el buen negocio que resulta de vender los solares de la calle de Fuencarral á mayor precio que los que para un nuevo edificio se compraran, y el bienestar de los hospicianos. Ha ideado la Diputación proyectos, ha pretendido construir en el cerro del Pimiento un Hospicio y ha tratado con el Estado la permuta de esos terrenos del cerro del Pimiento por los de Vista Alegre. Por último—y este es el estado de lo que, siguiendo la costumbre, llamaremos problema—, se trasladó á los asilados á Aranjuez, que allí estarán interinamente, hasta que con el dinero de la venta del inmueble de la calle de Fuencarral construya la Diputación otro Hospicio.

El de San Fernando, el que todavía está en pie, se acabó de construir en 1725. Es un edificio amplio; por su regularidad y magnitud, no exento de nobleza; por el descuido con que ha sido maltratado, feo, sucio, repugnante y ruinoso aparentemente. Ocupa grande extensión. Su fachada principal da á la calle de Fuencarral. No fachadas, sino desconchadas, desmoronadas paredes lo demarcan por las calles de la Beneficencia y Barceló; una tapia, con una puerta cochera ó de carros, forma la parte posterior, en la calle de la Florida. El Hospicio, cuando se fundó, ó, más bien, cuando de la calle de Santa Isabel fué trasladado al que á principios del siglo XVIII era nuevo, estaba en las afueras de la población, libre de edificios que le robaran luz y aire. Hoy le han cercado las casas, aparece torcido, infecta á la vecindad y es infectado; los asilados no tienen campo en que jugar, correr y aprender (escuelas al aire libre, horticultura, talleres) y valen muchísimo más los terrenos; el traslado, económica, higiénica, benéfica y hasta pedagógicamente, conviene y se impone.

El Ayuntamiento necesita regularizar la calle de la Beneficencia y prolongar las de Churrucá y Larra y completar la de Barceló; necesita la Diputación dinero para construir un local sano, con jardines, con talleres, con escuelas hasta de agricultura. Precisan los niños asilados, que llamamos hospicianos, de un buen Asilo. Todos desean el derribo, á todos conviene; mas he aquí un inconveniente de índole arqueológico: hay que conservar la portada.

El ministro de Bellas Artes ha hablado de la fachada, no sólo de la portada. Debe aclararse. Al ministro le atribuyen esta frase: «La fachada está declarada monumento arquitectónico y es, acaso, el mejor de estilo barroco que hay en España.» ¡Ni por acaso, Sr. Aparicio, ni por acaso! La iglesia de San Juan de Valencia y el palacio del marqués de Dos Aguas en la misma ciudad, son mejores, sin comparación. En el mismo Madrid, tan rico en monumentos churriguerescos, mejores que esa fachada, no exenta de belleza, fueron las de la casa de los Capellanes (primera del Monte de Piedad), la de Santo Tomás y hasta la del palacio del conde de Oñate. Esas y otras notables muestras del género barroco fueron destruidas (la fachada del palacio del conde de Oñate se conserva en piezas y fragmentos); hoy en Madrid tenemos el magnífico é incompleto templo de Montserrat (el de la calle de San Bernardo; el de la plaza de Antón Martín también fué derribado), los palacios de Miraflores y Perales y la portada del de Manzanedo ó de Canalejas. Pocos más, aparte iglesias inferiores á la citada é infinidad de imitaciones, entre las que sobresale por su perfección la casa del conde de Casal, en la plaza de Cánovas. La



Portada del Hospicio de Madrid, obra de Churriguera

destrucción de lo verdadero y la construcción de lo simulado enseñan cuán radical fué la mudanza del gusto al apreciar el estilo que aquí, en Madrid, y aun en España, debemos llamar churrigueresco y no barroco.

A fines del siglo XVII, y hasta tres décadas del siglo XVIII, estuvo en boga y auge y predicamento ese estilo. Al morir Churriguera, en 1723, la *Gaceta* dijo de aquel arquitecto, en una hiperbólica necrología, que era el Miguel Ángel de España. Por poco si dice algo parecido el señor ministro de Bellas Artes al defender la portada del Hospicio.

Es esta portada obra de Pedro Ribera y constituye la síntesis del estilo churrigueresco. Merece ser conservada, no por su belleza, sí por curiosidad, como dechado de un arte de decadencia y modelo de un estilo. A la vista de la portada se han reido con mofa los neoclásicos, los contemporáneos de Villanueva y Ventura Rodríguez, y la risa continuó, por imitación, tal vez, durante el siglo XIX, aun en los tiempos de Fernando VII, notables por la fealdad y chocarrería de sus obras arquitectónicas. Hace pocos años, una reacción favorable al arte churrigueresco ha inspirado libros, imitaciones y movido á la conservación de lo que restaba, como la fuente de Antón Martín, obra del mismo Ribera. Mesonero Romanos (el D. Ramón, antecesor de Gómez de la Serna) pidió ya en su *Manual* que se conservara la portada. Lo hizo en los siguientes términos:

«Esta casa es espaciosa y bastante bien distribuida; fué construida por el célebre corruptor D. Pedro Ribera, el cual dejó en su estrambótica fachada principal (que costó 968.429 reales) el testimonio más auténtico del extraño gusto que dominaba en su época, ya que dió su nombre el célebre Churriguera, y siendo, por lo tanto, un documento curioso del arte y que conviene conservar; todavía parece más extravagante con los ridículos colorines con que en época posterior se ha enjalbegado este frontispicio, emblema de toda caprichosidad artísti-

ca. Por lo demás, el edificio es grande y espacioso, con abundantes luces y ventilación y es capaz de albergar en él hasta 1.800 personas.»

Corruptor, el arquitecto; extravagante, caprichoso, su estilo. Aun así pidió se conservara la portada, y bien se hará en conservarla.

Otro canonista de Madrid, madrileño también, y más digno de estima que del olvido en que se le tiene, D. Angel Fernández de los Ríos, propuso al Ayuntamiento de 1869 una gran plaza que había de comprender la actual glorieta de Bilbao, la calle de Sagasta y el Hospicio, que aquel escritor pedía se echara abajo sin respeto á la portada, indiferencia entonces lógica, porque se estaba aún en la época del menosprecio del barroquismo.

Barrocas son las iglesias de San Ildefonso y San Sebastián, y como en la portada de la segunda hay una estatua y no mala titular, un poeta festivo escribió estos versos, reveladores del desdén en que se tenía la obra de Ribera:

—¡Santo de tanto valor!  
¿Qué hacéis en tal frontispicio?  
—Os aseguro, en rigor,  
que á no estar en el Hospicio  
no pudiera estar peor.

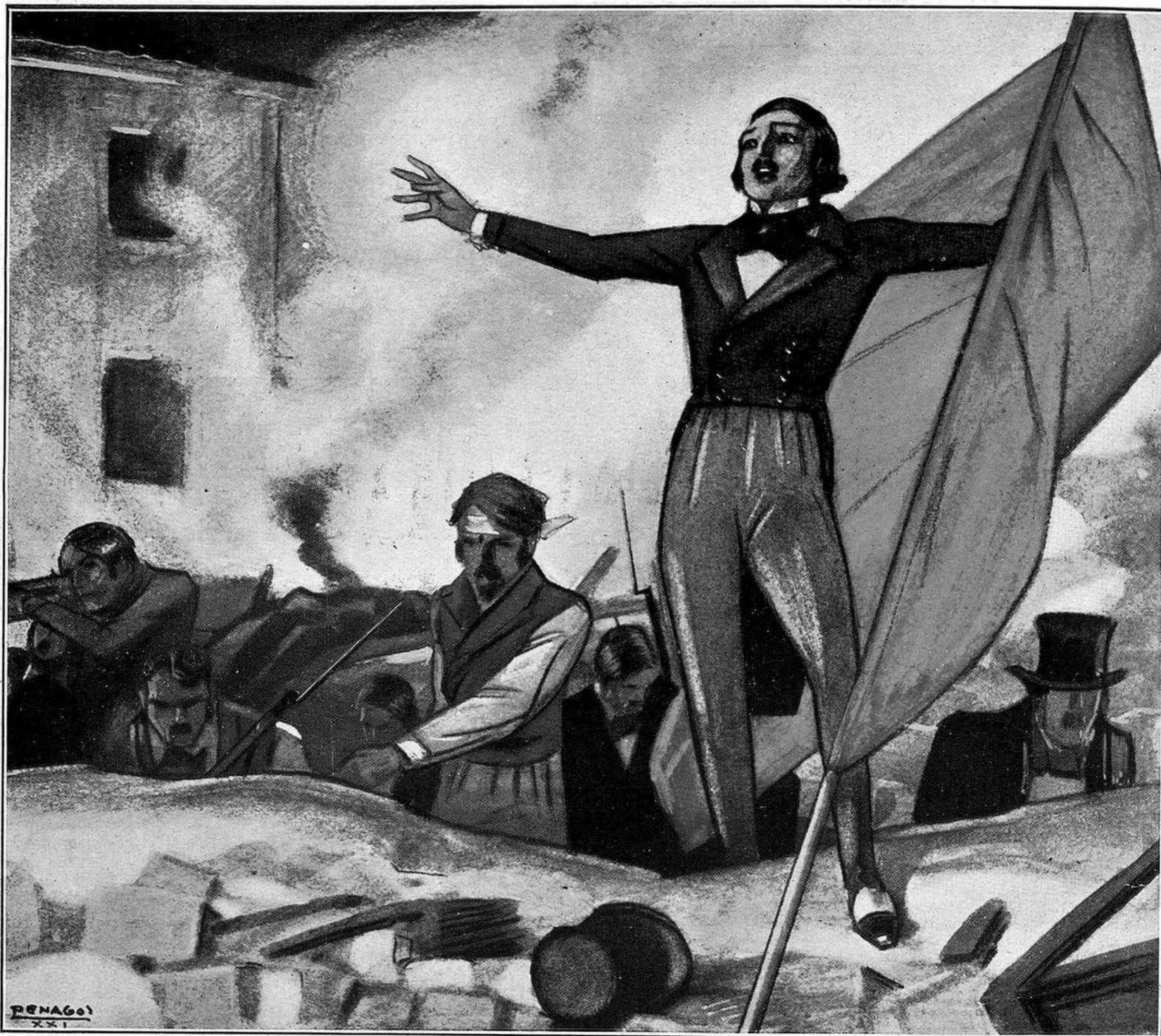
Ni tanto ni tan calvo; ni el antiguo menosprecio, ni el considerar la portada del Hospicio algo así como el Partenón, ó el pórtico de la Gloria, ó la fachada de San Gregorio. Merece ser conservada la portada, sin que esa conservación deje empantanado el derribo y demorados indefinidamente el embellecimiento de la barriada y la construcción de un nuevo Hospicio.

No se crea por esto que censuro el celo del Sr. Aparicio. Todo lo contrario. Lo ensalzo. De haberse procedido siempre con igual amor á las obras de mérito, ya histórico, ya artístico, no se habría destruido en Madrid, sin ir más lejos, lo que antes citamos, la quinta de Goya y la portada, zaguán y escalera del Hospital de la Latina. La portada, que vale más que la del Hospicio, está arrinconada, arrumbada, desarticulada, en el almacén de la villa. El interés que el ministro pone en conservar la puerta churrigueresca nos hace esperar que rescatará del humo las pinturas de Goya en la ermita (parroquia ahora) de San Antonio de la Florida, monumento nacional, Sr. Aparicio. Debe también preocuparse el ministro de Bellas Artes por la suerte del cuadro de Jordán *La toma de Sevilla por San Fernando*, que existe en la capilla del establecimiento benéfico; ya sin asilados, oficina del piso principal del Ayuntamiento, con riego al jardinillo asolado, sin cuidado en la interior como en la parte externa. El edificio, sin ser antiguo ni estar ruinoso, parece por sus fachadas laterales comido de usagre; derrengado por un lado, como paralítico, por lo torcido de la fachada, que tuvo una alineación rara; abandonado, se hundirá si no se pone pronto término á la interinidad. Consérvese la portada, sólo la portada, que puede quedar aislada en una plazuela; prolonguense calles, urbanícese, embellezcase el sitio y saque dinero la Diputación para un buen Hospicio. Por esto es por lo que hay que velar, pues no sólo de arte vive el hombre, y en un Hospicio, lo principal son los hospicianos; en un Hospital, los enfermos; en una Cárcel, los presos. Perogrullada parece el aserto; pero no es sino una verdad olvidada por los que atienden más al lujo que al dolor; más al director, al administrador, al patrono, al empleado, que al huérfano, al abandonado, al enfermo ó al preso.

Bien sabe de este olvido el hospiciano Pablo Iglesias. Honra al Hospicio, del que tuvo que fugarse huyendo de la mala vida y de la escasa comida. Allí, hijo de una pobre viuda, estuvo el adalid del socialismo, el hombre ilustrado (merece este dictado), y allí aprendió rudimentos de su oficio de cajista ó tipógrafo.

ROBERTO CASTROVIDO

## JUICIO FINAL Y REMORDIMIENTO



La calle, enarenada; el portalón y el patio, invadidos por los que acuden a dejar tarjeta y a firmar; la escalera de honor, siempre cerrada, ahora está abierta, y el mármol blanco, las estatuas y las molduras de oro distraen los ojos de los personajes que van llegando, gravemente. Los criados hablan bajo. ¿Qué ocurre? El señor está enfermo. Se muere. Tres sacerdotes han subido por la escalera de servicio y luego han salido los tres, flameando los mantos y paseando su mirada tranquila por el aturdimiento de los de casa y la forzada gravedad de los de fuera.

Arriba, todas las voces son calladas y discretas. Los salones y el comedor están llenos de gente. Las señoras entran y salen con los ojos arrasados de lágrimas. Cuando se acercan a la alcoba del enfermo apagan los pasos y hasta el suave rumor de sus faldas para no turbar la tranquilidad del grande hombre, que descansa.

¡Descansar! ¿Será verdad que descansa? Al empezar aquella noche adquirieron sus sentidos extraña claridad. Sin abrir los ojos sabe quién está a su lado, y lo que para todos es silencio es para él una sinfonía de ruidos misteriosos que la casa y la calle envían a morir en el aire tibio e inmóvil de su alcoba. Con esos ruidos vienen también unos fantasmas, que son los recuerdos. Una nube de memorias antiguas viene a rodearle: emociones de infancia, amores y deseos de la juventud; ambiciones, triunfos, iras, penas... La

vida entera. El pasado. Las buenas y las malas acciones esperan el fallo de su propia conciencia en este juicio, que es el juicio final:

—Esto que resucita ahora para que yo lo vea —se dice el gran hombre— es mi juventud. Es lo que más ha valido en mí. A los veinte años soñaba yo con la gloria y no me importaba la muerte. Mis sentimientos y mis ideas eran puros y limpios como un rayo de sol. He luchado como un valiente. Todavía oigo el estampido de aquellos fusiles y siento el humo de la pólvora en los ojos. Y la barricada. Y soy yo el que levantó aquella bandera en nombre de la Libertad. Mi corazón me parecía pequeño para darle por la verdad y por la justicia. Y ahora, ¿dónde estás, corazón? Para encontrarte sin mancha, ¿cuántos títulos y honores rasgaré? ¿Cuántas cruces e insignias tendré que arrancarme del pecho?

Porque luego llegan otras sombras que no le hablan sino de miseria, de abdicación y de codicia. Estas sombras siniestras vienen todas vestidas de gran uniforme, y el grande hombre piensa que, por odiosas que sean, sin ellas no hubiera recorrido nunca el camino del poder y de la riqueza. Las juzga como merecen y se juzga a sí mismo, y para no verlas abre los ojos y los clava en el artesanado del techo.

—¿Soy yo el culpable?— se pregunta— ¿Nadie más que yo tiene la culpa de todas mis traiciones al ideal?

Suena un discretísimo aleteo, y dos mujeres vienen junto a su cabecera, sonriendo. Sin em-

bargo, no le engañan y sabe que es la compasión la que finge aquella sonrisa.

—Hijas mías: os veo siempre, aunque cierre los ojos. Decid á todos los de casa que entren. Quiero verlos.

Al pie del lecho está ya la esposa; sus hijas se inclinan sobre las almohadas, desfallecidas, y los maridos acuden á sostenerlas. Deudos, parientes, acuden á su llamamiento, como cuando lo esperaban todo de él y quizás seguían esperando todavía. El enfermo los mira, pero no habla más que con los ojos.

—Aquí están— quería decir—. Estas son mis hijas. Esta es la compañera de mi vida. ¡Y preguntaba yo quién me robó la pureza de mi juventud! Por todos éstos he ido ennegreciendo mi corazón; y les he dado tanto, que estoy lleno de remordimiento. Ahora me lloran por primera vez, porque no han visto morir otra cosa más noble, que era mi conciencia. Yo tenía alas que ellos me han cortado, y este es el primer día en que puedo levantar el vuelo.

¡Silencio! Nadie solloza. Los ojos del enfermo giran por toda la habitación y luego se pierden. Dios sabe en qué horizontes. Al verle sin aliento, uno de los deudos exclama:

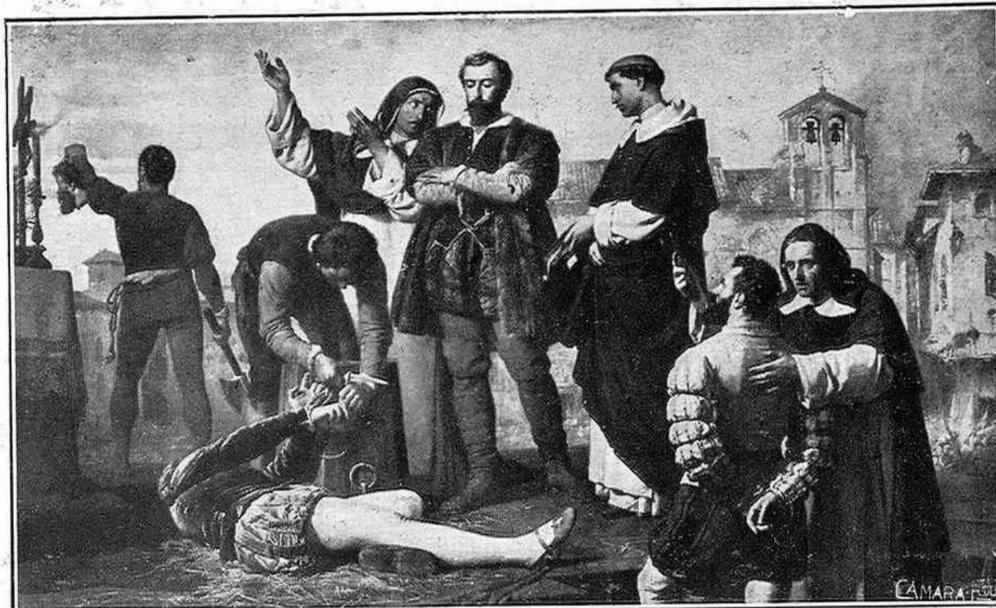
—¡Se nos va!

Y el grande hombre tuvo todavía voz y dijo:

—Soy libre.

B.

DIBUJO DE PENAGOS

CENTENARIO GLORIOSO  
LA MAÑANA TRISTE DE VILLALAR

"Los Comuneros de Castilla", cuadro de Gisbert

(23 de Abril de 1521)

AQUELLOS desmanes de los familiares flamencos que Carlos I introdujo en el gobierno de España, muy á despecho de los naturales, y el necio orgullo de la nobleza, que siempre miró al pueblo como siervo, sin considerar que antes es la base sobre que ella se sustenta y triunfa, trajo al libro de nuestra historia esta memorable página, en la que está escrito el balance desastroso de las seculares libertades de Castilla, nunca tan desmedidas y altaneras como los fueros de Aragón, los usajes de Cataluña y los privilegios de Navarra.

Como responso á tan mal suceso, que antes fué en esta manera por falta de gobierno que por escasez de valor, quiero traer á cuento aquella mañana triste en la que se perdió todo menos la hidalguía y el arrojo castellanos, sustentados en solos tres caballeros, ya que á los demás vencíales el miedo ó la traición antes que el filo de las armas imperiales. Queden libres de este sambenito el obispo Osuna y D. Pedro Maldonado y Pimentel, que también, más adelante, hubieron de pagar con sus vidas el amor á la patria y á los derechos del pueblo.

Brumosa y fría alboró la mañana del 23 de Abril de 1521 en los campos de Torrelobatón. No parecía tiempo de primavera, sino de finales de otoño, cuando ya el invierno está á la puerta.

Trompetas y atambores rompieron la tristeza del ambiente; eran las fuerzas de D. Juan de Padilla, que con las banderas desplegadas emprendían la marcha hacia Toro.

Llovía con esa tenacidad persistente y menuda que los labriegos de Castilla y León llaman *calabobos*; el suelo enfangábase de suerte que hacía difícil la marcha de las tropas.

No tardaron los imperiales en saber el movimiento de los *comuneros*, y poniendo en orden los 2.400 jinetes de que disponían, entre los que iba la flor de la nobleza castellana, salieron al alcance de los bravos rebeldes.

Cerca de Villalar divisáronse los dos bandos. La gente comunera, incomodada por la lluvia, iba un poco suelta y desmandada. La misma molestia que sufría hacíaie ir de mal talante, y á decir verdad, con poco respeto de sus caudillos, tanto que al jefe toledano húbole de costar no poco trabajo poner sus huestes en trance de pelea.

Las tropas del Emperador aprovecharon de tal desconcierto, y destacando algunos corredores que hicieron unos cuantos disparos de artillería ligera, pusieron en huída á los que

otras veces supieron portarse con harto arrojo y admirable serenidad.

Los cañones de los *comuneros* quedábanse atascados en los lodazales, y no parece que los soldados ponían muy decidido empeño en salvarlos.

Sobre el descontento que ya tenían, entróles un pánico tan vergonzoso, que muchos se arrancaban las cruces rojas, que llevaban como enseñas de su bandería, y las trocaban por las blancas de los imperiales para poder ocultarse en sus filas.

Padilla, que viera tanta pobreza de espíritu, y desesperado por no poderles contener, exclamó: «No permita Dios que digan las mujeres de Toledo y Valladolid que traje sus hijos y sus maridos á la matanza y que yo me salvé huyendo.» Picó espuelas, y seguido sólo de cinco escuderos de su casa, al grito de «Santiago y libertad!», arremetió y se abrió paso por medio de un escuadrón de lanceros enemigos, que á la voz de «Santa María y Carlos!», recibieron con tal saña y brío, que les dejaron á punto de fenecer.

Aún tuvo Padilla alientos para volver su terrible lanza sobre los imperiales y derribar de un furibundo bote á D. Pedro de Bazán, señor de Valbuerna, hasta que el invicto caudillo cayó por la fuerza de un mandoble de D. Alonso de la Cueva, al que se dió preso, entregándole la manopla y la espada. Entonces, un mal caballero de Toro, llamado D. Juan de Ulloa, sabiendo quién era el vencido, tuvo la avilantez de cruzarle el rostro de una cuchillada. Cobarde desmán que sus mismos parciales hubieron de echarle en rostro, y aun es fama que hubo uno tan hidalgo que quiso cobrársela sobre el campo.

Ya á este tiempo habían caído en manos de los imperiales Juan Bravo, campeón de Segovia, y los Maldonado, de Salamanca. Las tropas de Su Majestad diéronse á la caza de los que huían, y en más de dos leguas cubrieron el suelo de cadáveres, sin que les movieran ni los ruegos del perdón ni los lastimeros ayes de los moribundos.

Entre los más enconados perseguidores: hacíase notar un fraile dominico llamado fray Juan Hurtado, que á lomos de un asnillo recorría el campo gritando como un energúmeno: «Matad, destrozad á esos impíos. Eterno descanso gozará á la diestra de Dios Padre el que contribuya á destruir esa raza maldita...»

¡Buen modo de cumplir el ministerio de paz que había jurado en los altares! Mas, ¿qué mucho que así sea, si de estos *siervos* del Señor tenemos hartos por las revueltas y enercujadas de la Historia en todos los tiempos?

Aquella misma noche fueron conducidos los desventurados caudillos á la fortaleza de Villalba, que era de aquel miserable que honrara los filos de su espada con la noble sangre de D. Juan de Padilla; á la mañana siguiente fueron trasladados á Villalar, donde habrían de ser juzgados y sentenciados.

Aunque algunos nobles, antes de alma que de alcurnia, quisieron interceder por ellos en honra de su hidalguía y bravura, no hubo forma de romper los valladares de rencor que oponía la nobleza, y así fueron reducidos á morir en un cadalso, *por traidores* á la monarquía los que hoy, al cabo de los siglos, son reverenciados en los altares de la Patria como mártires de la Libertad.

ooo

Juan Bravo y Francisco Maldonado no pudieron oír con mansedumbre evangélica la lectura de la bárbara sentencia, y protestaron de tal iniquidad con toda la energía de sus rudos corazones. No fué así el caudillo toledano, que la recibió estoicamente, con la humildad del que va á morir por su idea. Joyas de esta entereza de espíritu serán eternamente aquellas dos admirables epístolas, dedicada la una á su brava esposa D.<sup>a</sup> María de Pacheco, y la otra á la ciudad de Toledo...

En mulas engualdrapadas de luto salieron los invictos caballeros para el lugar del suplicio, que era al fin del rollo de la villa. Como durante la carrera fuése gritando el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y los gobernantes en su nombre á estos caballeros, haciéndolos degollar por traidores...», no pudo sufrirlo Juan Bravo, que hacía mucho honor á su apellido, y gritó: «Mientes tú y quien te lo manda decir; no somos traidores, sino celosos del bien público y defensores de las libertades del reino.»

A lo que, con notable entereza, replicó el adalid toledano: «Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos...»

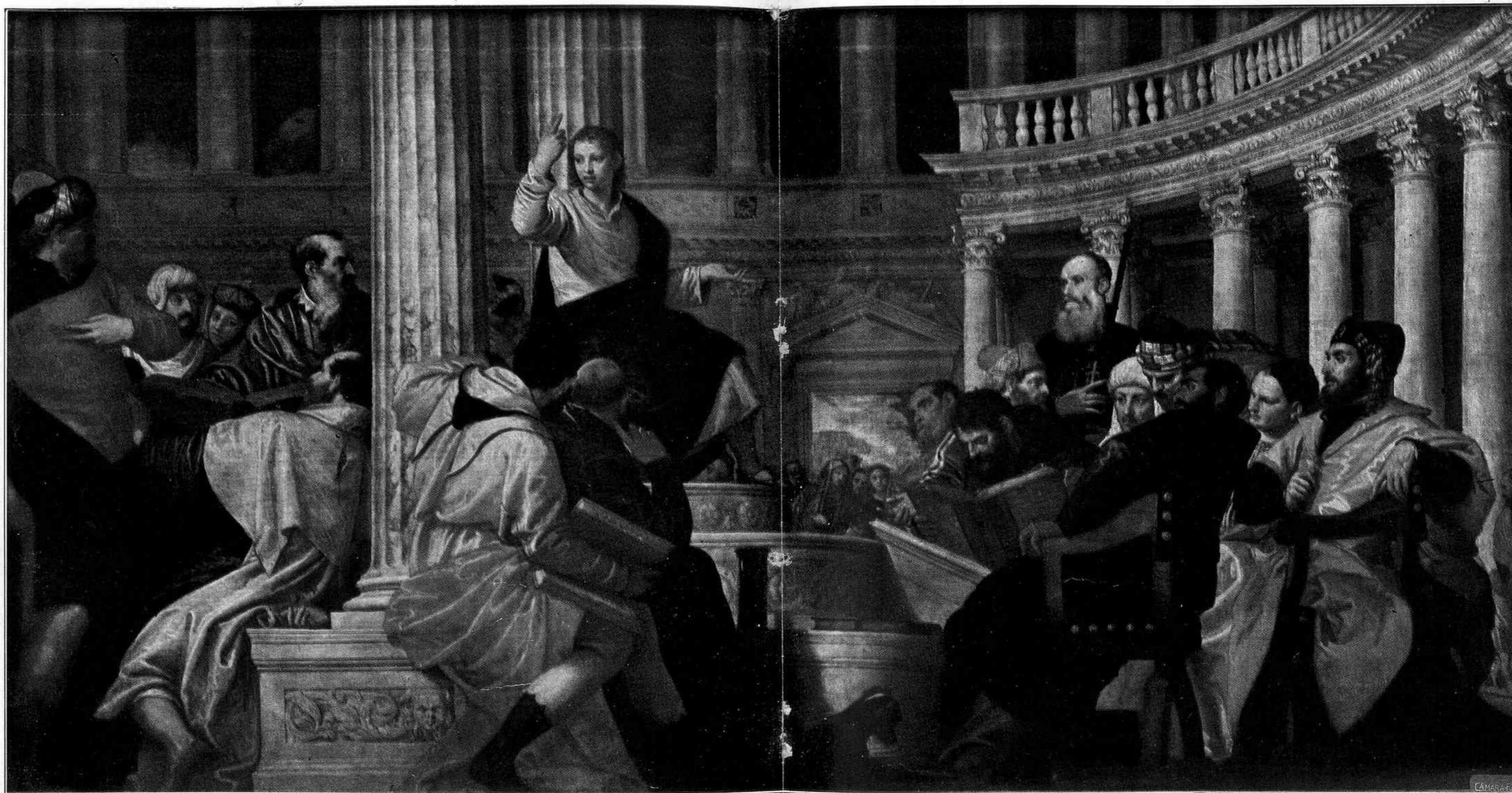
Ya no habló el capitán segoviano, hasta que, llegando á la plaza, dijo al verdugo: «Degüéllame á mí primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que quedaba en Castilla.»

Y el cuchillo del ejecutor se hundió con saña en la garganta de la mayor gloria que cuenta la noble y leal ciudad de Segovia.

Minutos después caían las ilustres cabezas de los otros dos caudillos. Los tres sangrientos despojos fueron clavados en sendos garfios y expuestos á la veneración—que no á la vergüenza—pública en lo alto del rollo...

DIEGO SAN JOSE

# LA PINTURA ITALIANA



JESUS DISCUTIENDO CON LOS DOCTORES, cuadro de Pablo Veronés, que se conserva en el Museo del Prado

CUANDO Jesús llegó a los doce años—dice el Evangelio de San Lucas—, y subiendo sus padres a Jerusalén, según acostumbraban en la fiesta, subió con ellos su hijo. Fue la primera Pascua del dulce Rabi de Galilea. Y entró Jesús en el templo, iba a cumplir aquella Ley en virtud de la cual tendría en otra Pascua que inmolarse para redimir a los humanos. Tres días estuvo allí el Salvador del Mundo separado de sus padres. Y allí—según añade el Evangelista—lo hubieron de encontrar, sentado en medio de los Doctores, oyéndolos y preguntándoles de tal manera, que estaban todos los que le oían arrebatados de su prudencia y sus respuestas.

Calla el sagrado texto acerca de las probables disputas de Jesús con los doctores. Lo seguro es que los divinos labios hablarían del reinado de Cristo, de la observancia de la Ley, de la abominable hipocresía farisaica, de la corrupción de los corazones, de cuanto años más tarde trató con los mismos quizá que en aquella su primera Pascua, sin saber quién era, le escuchaban extáticos... Y entonces, como luego y como siempre, el templo se llenaba de claridad y de un perfume suavísimo, mientras arriba, en el Cielo, resonaba el *Hossannah* angélico...

:-: SILUETAS :-:  
DE ARTISTAS

NINUS

SACHA Goudine, uno de los primeros bailarines del mundo, y á quien los madrileños conocen ya familiarmente; el bueno de Sacha, iba y venía por el escenario, en traje de calle y con un pañuelo multicolor ceñido en casquete á su cabellera de cosaco. El teatro estaba abandonado á la soledad, y unas cuantas manchas de sol, entre las franjas trémulas de corpúsculos que atravesaban desde las claraboyas el rojo y el oro de la sala. En el tablado, igual olvido de sus fastuosidades nocturnas. Sobre los encalados muros, reclinábanse los bastidores, vueltos del revés, y una cola de sedas verdes y añil y violeta escapaba del hacinamiento del maderamen escenográfico; era el gayo penacho como el turbante que lucía Sacha Goudine. Y una y otra ostentación prometían algo más que el acostumbrado ensayo mañanero de la farándula. Por si algo faltaba, surgió en un ventanuco un misterioso gato gris con los ojos deslumbrantes. Sin duda anunciaba una diabólica aparición...

Y, en efecto, asomó á poco una mujercita, que bajaba la hasta entonces inadvertida escalera de pino mal cepillado, puente que conduce á los cuartos de los artistas, con la retardada mimosidad con que al estío se descienden los peldaños de las casetas para el baño de mar. Y casi iba la intrusa adorable como preparada á sumergirse en el agua. Un sedoso pijama negro, corto hasta las rodillas. Desnudos los brazos y desposeídos de las rituales esclavas y del relojito. Los pies, sin medias, y en un tobillo un vendaje protector contra las distensiones. Hallábanse en la cárcel de unas alpargatas; aquellos pies, dignos del zapatito de la Cenicienta.

Cuando el gato vislumbró á la mujercita, se acomodó sobre sus patas, con el rabo recogido, disponiéndose á saborear un espectáculo deleitoso. Por su parte, Sacha Goudine suspendió su oscilar de péndulo, y riéndose con su boca aguda y bien dentada y con sus ojos azules, de un inconfundible brillo eslavo, dijo:

—Señorrita, ánimo, que *ahoy* tenemos mucho á trabacar...

El horror, dulcificado por irónica sonrisa, se manifestó en la ambarina y aniñada faz de la *señorrita*, con sus inmensas pupilas negras y el chorrear de los bucles sombríos. Instintivamente, su cuerpo, que aún es una rama de almendro en flor, con todas las equívocas insinuaciones y ternuras de la adolescencia, se empequeñeció, defendiéndose al encogerse, llevando y cruzando las manos al pecho. Su irresistible protesta no le valió de nada. Ese feroz ruso, ese cosaco de Sacha Goudine, legítimo representante de su raza, habituada al tormento, condujo á la niña, tan bonita y tan frágil, á un tremendo aparato de tortura que llaman la *barra*; y allí, mientras él lanzaba impasible el humo de un cigarrillo del tabaco rubio, obligó á la divina infeliz á retorcerse, descoyuntarse, á convertir la armonía de su ritmo carnal en un aspa rígida ó en un absurdo tinglado que deformaba los miembros de una perfecta belleza, entre chasquidos que hacían temer por la rotura del varillaje de nácar que será el esqueleto de la mujercita. Y ella suspiraba, contenía los gritos, y una vez se le escapó una lágrima, una gruesa lágrima de vidrio...

Lector: muy pronto asistirás al milagro de los juegos de una nueva mariposa humana, la cual, dentro de poco, será célebre en nuestro país y más allá. *Ninus*: he ahí su nombre. Y no es otra que la *señorrita* de Sacha Goudine. Su discípula predilecta, pronto su compañera de triunfos, creadora, á no dudarlo, de inéditas elocuciones de la danza. Por eso el maestro la martiriza en extremadas disciplinas como en una religiosa y expiatoria purificación. En el tropel de muchachas que acuden á sus lecciones, sorprendió Sacha una criatura con vocación verdadera, no alucinada, según suele ocurrir, y que en la vibrante estatuilla de su juventud preciosa contenía un espíritu inflamado en las inquietudes del arte grande. Por fin, la madre Hispania da otra silueta danzante que la epiléptica de la *bailaora*, exaltada y como enfurecida por el ruido de las castañuelas. «*Ninus*—observa Sacha Goudine—es una española que podrá figurar en el cuadro de los *Bailes Rusos*.» Felicitemonos. El viejo tronco ibérico, de algún tiempo á la parte, se renueva en brotes de universalidad. Literaria, pictórica, científica y socialmente, ya contamos con valores que interesarían en cualquier latitud; que acogen y que interpretan el sentir de la humanidad. Faltaba la graciosa merced de concedernos lo que ha traído esta primavera. El *papillon* irisado y giróvago entre las ramas con floración renovadora. Y era de esperar su llegada. No en balde los *Bailes Rusos* vienen años tras años, hasta crear en nuestro ambiente un estado de sensualidad propicio á las fecundaciones. *Ninus*, la figulina aérea, antes amarrada al martirio educador y fundamental, es como un maravilloso regalo que el hada de los *Ballets* dedica á nuestro pueblo. El propio Sacha Goudine, uno de los mayores prestigios de la escuela moscovita, la presentará al público sin tardanza. Permittedme que yo haya anticipado la noticia del hallazgo. Estaba en el secreto. He sorprendido la primera lágrima que la gloria ha costado á *Ninus*, destinada á todo lo contrario precisamente: á iluminar con la claridad risueña de su sonrisa y su nombre mediterráneos el fondo exótico y doloroso de las danzas de Bolhn, de Nijinsky, de la Tchernicheva...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ



NINUS

Bailarina española, que va á debutar en un "Ballet" del famoso bailarín ruso Sacha Goudine

:: SUGESTIÓN ::  
FOTOGRAFICA



# “CALMA ESTIGIANA”



CAMARA-FIU

Fotografía original de H. Y. Simmons, que figura en el Salón Internacional de Madrid

Es no sólo una de las más bellas fotografías, sino también de las más impresionantes que han sido admiradas en el Salón Internacional de Madrid. Titúlala su autor *Calma estigiana*, y, á primera vista, aquel ambiente sombrío, aquellos árboles, retorciéndose unos, estirándose otros, hacia el cielo, como huyendo de la tristeza terrena para buscar la alegría azul de lo infinito, parecen evocar la siniestra calma de las orillas de la Estigia, y la desesperación de los espíritus de los hombres que, por no haber sido inhumados al morir, vagaban cientos y cientos de años, importunando á Caronte para que los pasase en su barca y los llevase á la postrera mansión, donde creían hallar el eterno reposo...

Cada vez se lee menos á los clásicos griegos y latinos, y es punto menos que universal la ignorancia de la Mitología, tan bella, tan poética, tan regocijadamente humorística, que dijérasela símbolo y representación de las virtudes y de los defectos humanos, porque sus creadores, artistas ante todo, creían seguramente que para ser sus dioses la suma perfección debían tener hasta imperfecciones; que para ser verdaderamente divinos, habían de ser realmente humanos, con todas las pasiones y debilidades de la misera Humanidad...

Y así, por aquella ignorancia, muchas veces el escritor, si no es para valerse de algún tópico, ya fosilizado, apenas si se atrevé á mentar á los dioses que se fueron...

Sin embargo, la fotografía antes aludida impulsa la pluma á evocar las amarguras, las impaciencias, las melancolías y las desesperaciones de aquellos espíritus errantes por las orillas de

la Estigia... Mas luego reacciona el pensamiento, y se cae en la cuenta de que aquel fatídico lugar que surge en nuestra imaginación con tan negras perspectivas era lugar predilecto de los dioses; tan predilecto, que los dioses paganos, tan poco dignos de crédito, tan poco respetuosos para cumplir los juramentos que lanzaban, únicamente eran incapaces de faltar á un juramento hecho por las aguas de la Estigia, tanto por ser las predilectas de Júpiter, agradecido á que la divinidad que las presidía le había denunciado el complot que contra su poderío habían urdido sus envidiosos, cuanto porque el quebrantar un juramento hecho por las aguas de la Estigia condenaba al dios conculcador á la pérdida de su divinidad durante una centuria...

No; no es precisamente estigia la calma que el bosque de la fotografía sugiere. No son desolación, ni muerte, ni aletargamiento lo que, en realidad, evocan aquellos árboles. Árboles industriales, no nacieron espontáneamente, sembrados al azar por el pico de un ave que los dejara caer inconscientemente para saludar al Padre Sol con el más melodioso y cordial de sus trinos, sino por mano del hombre, para mejorar su vida, para hacer el planeta más habitable, porque los árboles, maestros en generosidad, no sólo rinden utilidad después de muertos y derribados, sino que cuando más enhiestos se hallan en vida, cuando más altivos y aun desdeñosos para nuestra debilidad parecen, cuidanse de acorrernos, mejorando el clima, haciéndolo más sano, despojándolo cada día más de brusquedades mortíferas, poniendo diques á la disgregación del suelo, constituyéndose en depositarios guardianes y

substantadores de la fertilidad terrestre. No, no es de la Estigia la calma que sugieren.

Ni siquiera es calma, sinónimo de sueño, espejo de la Muerte. No. Es más bien testimonio de vida, de vida vigorosa y fuerte, de salud de cuerpos y alegría de almas, que son actividad y bullicio y evolución, manantial de vida...

Yo no puedo imaginarme las orillas de la Estigia pobladas de árboles, por muy espesos que hubiesen nacido y por muy tristes que se nos mostrasen ó se le antojase verlos á nuestra imaginación; que no siempre lo que vemos es no ya lo lógico, pero ni aun lo real.

Un bosque no me sugiere la muerte, la antesala de los infiernos, el reposo eterno de un alma, la condenación de un espíritu.

Cuando veo, en cambio, algunas fotografías de la Luna y contemplo aquellas cumbres calvas, sin asomo de vegetación, con aquellos pozos que debieron ser cráteres de volcanes extinguidos, así, rodeadas de ceniza, sobre un lecho ceniciento, igualmente cenicientas me imagino las aguas estigias.

De ceniza se me antoja la estigia calma...

Y así, al ver este inmenso bosque que fué España en otros siglos ya remotos, y en donde, por sus muchos árboles, era la vida tan fácil que á los extraños apetecía nuestra Península; cuando veo que ni en las alturas del Poder ni en los llanos de la ciudadanía inquieta el problema vitalísimo de nuestra repoblación forestal, me temo que aquí, aquí, sí, vivimos en completa calma estigia... Y eso no es vivir... Y esa calma es calma de ceniza, de muerte.

E. GONZALEZ FIOL

EL CINEMATÓGRAFO  
 Y ESPAÑA

LA  
 REVOLUCIÓN  
 DE  
 MUSIDORA



Los ojos andaluces  
 de Musidora



Musidora en una de sus creaciones de "music-hall"

UN cuerpo escultórico, un óvalo de virgen de Botticelli, unos ojos ardientes de andaluza... Esto era Musidora en *Los vampiros*, en *Judex*, en aquellas películas folletinescas y abracadabrantas de la casa Gaumont, en que se explotaba el encanto físico de una «estrella» naciente.

Musidora era más, mucho más que una mujer bien hecha: una artista. Y como ambas cualidades no se excluyen, sino que se completan, he aquí que el arte cinematográfico francés cuenta hoy con una primer *vedette* en quien lo humano y lo divino—la belleza y la inspiración—armonizan en tal grado, que, sin hipérbole, puede decirse que Musidora realiza un ideal de actriz cinematográfica. Y digo un ideal, y no «el ideal», porque el cinematógrafo, como el teatro, exige varias categorías de actores y de actrices, y es raro, casi imposible, que en uno de ellos concurren la vis cómica y el soplo trágico en ecuación perfecta. A Musidora hay que considerarla como actriz dramática.

Y, además, como una mujer inteligente. Las grandes Empresas cinematográficas veían en ella una figura admirable, un espectáculo puramente—más bien impuramente—visual. Musidora era la Afrodita de la pantalla: Afrodita al descorrer sus velos. Musidora habría podido



Musidora en la película "Pour Don Carlos"

seguir ganando sumas fabulosas con sólo mostrarse en el cine ó en el music-hall en traje de náyade ó de ninfa. Pero ella quería hacer arte. Y se hizo empresaria.

Un autor famoso—Charles Benoit, el novelista de *Koenismarg* y de *La Atlántida*—le entregó uno de sus libros: *Pour Don Carlos*, una historia de guerra y de amor, y una visión francesa de la epopeya carlista. Nada en este libro puede chocar los sentimientos políticos de los españoles. Como el ingente Balzac en *Los chuanes*, Benoit en *Pour Don Carlos* se mantiene en esa noble neutralidad del historiador psicólogo que comprueba en los actos del hombre los caprichos y las contradicciones de su corazón. Enamorada del asunto y del personaje, Musidora congregó sus huestes y atravesó los Pirineos para encender otra vez la guerra carlista... El esfuerzo fué enorme y admirable. Y quien hoy visite los pueblos y villas de Guipúzcoa próximos á las montañas de la Rhune, de las Tres Coronas y del Juizquibel; quien hoy recorra la parte española del país de *Ramuncho*, evocando héroes y heroínas de los episodios galdosianos ó de las «aguas fuertes» de Pío Baroja, oirá á los campesinos y los pescadores hacerse lenguas de «Alegria Detchar», de la valiente amazona, de la linda capitana, que pasó varios meses en la comarca, «jugando á la guerra» con un tropel de hombres y mujeres que la obedecían como á un jefe de los buenos tiempos... Era Musidora con sus artistas, con su *metteur en scène*, sus operadores, sus comparsas... Musidora se hizo popular, casi legendaria en aquel país.

Pero, ¿iban á ser los parisienses tan entusiastas como los habitantes de Fuenterrabía, donde fueron impresionadas las escenas más dramáticas de *Pour don Carlos*? París ha dicho, después de asistir al ensayo general del *film*: «Musidora es nuestra primer *vedette* cinematográfica.»

Y yo, por mi parte, digo:

«A todo lo largo del *film* Musidora encarna á maravilla su personaje; pero en las escenas desgarrantes del final alcanza esas cumbres de la emoción á que sólo llegan las trágicas ilustres. No creo que Sara Bernhardt pudiese morir mejor que muere Musidora en *Pour Don Carlos*. No puede llegarse más lejos en expresión fisonómica, en actitudes corporales, en verdad.

Esos quince ó veinte metros de *Pour Don Carlos*, en que muere Musidora, marcan un instante definitivo del arte escénico contemporáneo.»

Animada por su triunfo, Musidora sueña con volver á España á hacer otro *film*, otros *films*, mejor dicho, porque le parece que el «fundo español»—Toledo, Avila, Granada, Córdoba, Sevilla, Ronda—apenas ha sido explotado cinematográficamente.

Tiene razón la admirable actriz. El cinematógrafo languidece á fuerza de tanta Costa Azul, de tanto Far-West y de tanta China y tanto Japón tomados del natural... ¡enlos Angeles!

España puede marcar un renacimiento de su arte apenas adolescente y ya enfermo de manías y de marasmo.

Creo á Musidora perfectamente capaz de ser el alma y el nervio de esta revolución, que no llegará nunca demasiado pronto y para la que hará falta el concurso de los literatos y de todos los comediantes españoles.

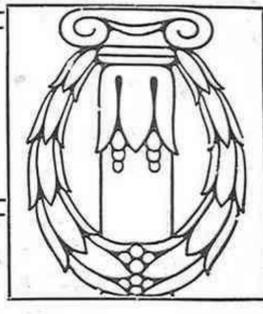
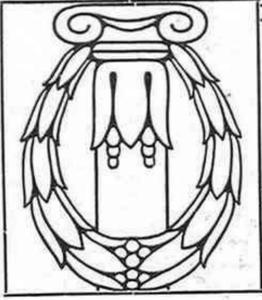
En conclusión: después de la «guerra civil», Musidora traerá á España las bases definitivas de una alianza francoespañola. De una alianza cinematográfica, naturalmente...

ALBERTO INSUA



Musidora y "Rat-Poucet"

HORAS MADRILEÑAS  
LA DEL PARAISO



LA tarde va cayendo serena y pesadamente sobre la frondosidad esmeralda y magnífica del Parque.

El sol, al marcharse, le envía sus últimas caricias de fuego, iluminando los perfiles imponentes de los altos árboles con llamaradas de incendio. En la plazoleta, alrededor de un gigantesco pino, que parece perforar el manto añil del cielo, juegan los niños...

Corren, ríen, saltan, gritan, riñen, se caen y lloran.

De vez en cuando, la voz de la niñera, del ama seca, de la nurse ó de la miss se impone autoritaria...

—¡Juanito, ven aquí, que te vas á caer!...

—¡Niña, tira eso, que es «caca»!...

—¡Mary!... ¡No sea usted *magda*!...

Entre Juanito y Margot surge una cuestión de competencia sobre cuál de los dos debe pasear en el «patín ó resbalón».

Juanito y Margot son primos.

Margot es una pequeña señorita de seis años, que parece un ángel de Rubens. Blanca como el alabastro, regordetita y con el cabello en tirabuzones color mieses. Al mover la cabeza, un bucle como un lingote le cae sobre su frente tersa y rosada.

Juanito es un bizarro marino de cinco años. Tiene la piel tostada, los ojos negros y el pelo color de caoba y ondulado. Sus pies diminutos se esconden dentro de un amplio pantalón de campana... En los bombachos de la marinera lleva estampas y huesos de albaricoque. Y en el sombrero de paja, una cinta, en la que dice, con grandes letras doradas: «Carlos V».

Juanito y Margot discuten torpemente sobre cuál de los dos tiene más derecho á disfrutar primero el *utopie*.

—¡Es mío, nena!—grita Juanito.

—¡No es tuyo! Tiito nos lo ha comprado á los dos—arguye Margot.

—Pues si es de los dos, ¿por qué lo tengo yo en mi casa?... Di, vamos, di...

Este razonamiento deja un poco vacilante á Margot. Al fin, sale del atolladero.

—¡Qué sé yo!... Pero también tengo yo el roncito, y tú dices que es de los dos... y juegas con él.

—Bueno, nena... Déjame á mí primero... Luego, tú—resuelve, impaciente, Juanito.

—¡Ca, que no!... Yo primero...

—¡Suelta!

—¡No!... ¡No!

Y Juanito, que es un caballere te dominante,



para que Margot suelte la mano con que tiene cogido el patín, le da un moquete en medio de las narices.

La pobre Margot cae al suelo rodando, como un balón de colorines, y sin intentar levantarse, crispada de amargura, llora desesperadamente, frotándose los ojos con sus manitas blancas y tirándose, rabiosa, de los tirabuzones dorados.

Por fin la niñera pone paz. Coge á Juanito, le zarandea, le da un par de gritos, le quita el patín y se lo entrega á Margot, con unas dulces caricias.

La niña contempla el juguete con un inefable deleite... Y al mismo tiempo que suspira hondamente y sonriendo, corre con el patín en busca del bizarro marino.

El estante está salpicado de lanchas que bogan sobre la bruñida pizarra... Ahora las aguas fulgen como si debajo tuviesen ascuas... La gente joven y de buen humor rema y grita en mangas de camisa.

Más adentro, en el Parque, por los frondosos

rincones poéticos y solitarios, la eterna pareja sentada en un banco se dice amores; se promete constancia y se jura fidelidad. Con los ojos en los ojos, las manos en las manos y los labios rojos de deseo, no ven ni oyen nada de lo que les rodea. Se han refugiado en el arrullo de sus ilusiones, y por un momento sueñan... Sueñan que el Parque municipal es el paraíso de sus amores... Conforme se va yendo la luz, la charla del galán es más apasionada, y los abandonos de la amada más incitantes... Alrededor, nada... Lejos se oye el rodar de los coches, el jadear de los autos, un coro de ranas y las risas de los niños...

Poco á poco, las tinieblas invaden el jardín... Los árboles pierden su detalle, y sólo se advierten sus perfiles de enormes fantasmas... Al fin, todo se va poblando de sombras...

Entonces el amante se deja arrastrar por la tentación.

Suena un beso...

Después, en la oscuridad, la voz áspera y autoritaria del guarda, que, sin detenerse, va gritando:

—¡Vamos!... ¡Que se va á cerrar!...

Los amantes vuelven desesperadamente á la triste realidad, y se ponen en pie.

Aquel jardín no es precisamente el soñado paraíso de sus amores.

En muchos casos, los guardas acechan y sorprenden el beso. Entonces ocurre la catástrofe. Porque en España, para los pobres guardas de los parques

municipales, que no se lavan y que tienen un alto concepto de la moral, un beso es algo espantoso, un sacrilegio, un hecho inaudito.

Las acacias se sonrojan y las violetas se queman: se ofende el pudor de los cipreses, y el guarda que sorprende tal pecado tiene el deber de abochornar á la pareja delincuente llevándosela detenida... ¿Esto es un poco salvaje? Creemos que sí... En París, en Londres y en Berlín, los jardines están abiertos toda la noche, y en sus alfombras mullidas y esmeraldinas los amantes se dicen madrigales y se aman.

Los besos se confunden con el ruido de la fronda. ¿Qué mejor sitio para recibir un beso que el rincón poético de un jardín?...

Indudablemente, nuestros infelices guardas no van al cine; por eso, en cuanto ven dos amantes se dedican á perseguirlos y á espíarlos con la espada de fuego... No saben todavía que un beso es la más bella flor de un jardín.

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

# MORIR, DORMIR, SOÑAR...

(DE POETA Y DE LOCO...)



Solo estoy; amanece y he soñado  
anoche. El sueño me dejó turbado.  
Solo estoy en la paz de mi aposento,  
y hay un silencio grave que es temible  
al alma y eficaz al pensamiento.  
El tictac de un reloj, aun más sensible  
hace el callar. Me miran los retratos  
de mis muertos queridos.  
Pueblan mi soledad recuerdos gratos  
y tristes de lejanos y de idos.  
Estoy rumiando mi melancolía,  
mis sueños, mis locuras...  
De vez en cuando miro en un espejo  
el blanquear de mis canas prematuras.  
En la ventana va clareando el día.  
Ya vestida de luz llega la aurora.  
Yo, que me siento viejo,  
canto á mi juventud una elegía.  
Siento que mi esqueleto me trabaja  
por dentro, y que insaciable me devora,  
por huir de mi carne pecadora  
hacia la negra cárcel de una caja  
de muerto. ¿Estaré loco?  
Mi cabeza abandono entre mis manos  
y al través de la piel mis huesos toco.  
¡Carne y hueso! ¡Festín de unos gusanos!

«¿Morir, dormir? ¿No hay más? ¿Soñar, acaso?»  
Se preguntaba el príncipe doliente.  
Morir, dormir definitivamente

digo, ó tal vez la muerte es sólo un paso  
que va desde esta vida dura y mala  
á otra vida peor. ¡Ay! ¡Nadie sabe  
si en el postrer suspiro que se exhala  
vuela el alma, ligera como un ave;  
la cárcel deja de la carne inerte,  
y huye, de verse libre, enloquecida,  
desde el mar borrascoso de la vida  
á la quieta laguna de la muerte!  
¡El terror de esta duda, el más profundo  
dolor, nos lo enseñó el meditabundo,  
cobarde y vengativo personaje  
de la farsa inmortal! ¿Es sólo un viaje  
esta vida, que acaba el ser que muere,  
ó un más allá tras de la tumba existe?

Pregunta vana. El corazón no quiere  
resignarse á morir. La vida es triste,  
y á duras penas puede soportarse;  
mas la materia es vil, y se resiste  
con instintivo miedo á disociarse.  
Y si el morir á otra región nos lleva,  
la pobre carne tiembla estremecida  
de volver á nacer, con alma nueva  
para un nuevo dolor, á nueva vida.  
¿Ser ó no ser? ¿Fiar en el amor  
y en la amistad... ó morir?  
¿Matarse es lo mejor?  
¿Dormir y no sentir?... ¡Dormir sintiendo  
el descanso y la paz en quieto olvido!  
Dormir, por el placer de estar durmiendo:

este imposible bien es lo que pido.  
Cuando acabe mi vida,  
cuando duerma en la tierra humedecida  
que en un jardín convertirán mis huesos,  
con flores que los besos  
recibirán del Sol y de la brisa,  
y haya en mi calavera esa sonrisa  
inmóvil, dura y fuerte,  
burla que de la vida hace la muerte,  
en mi ataúd tendido,  
tener  
el supremo placer  
de saberme sin ser,  
y en el eterno sueño adormecido,  
¡sentirme sin sentido!  
Esto escribí después de haber soñado  
que había muerto, y al fin, resucitado  
en cuerpo y alma, hallábame sentado  
en el más grande anillo de Saturno.  
De las estrellas al fulgor nocturno,  
yo soñé que veía  
— ¡oh, la dulce locura de mi sueño! —  
allá lejos un punto muy pequeño:  
mi mundo, el de los hombres, siempre en guerra,  
y que gritando á mi alma le decía:  
— Mira: ¿ves allá lejos? ¡Es la tierra!  
¡Ya no hemos de volver! ¡Oh, qué alegría!

Felipe SASSONE

DIBUJO DE ECHEA

# CHARLAS FEMENINAS

**C**ONFESEMOS contritas que la de plagiar es una de nuestras más deplorables inclinaciones. Si al menos imitásemos lo bueno, la manía tendría alguna explicación. Mas tratándose sólo de copiar lo frívolo, lo digno de censura, á la verdad, el pecadillo resulta menos venial...

Pase, y es mucho pasar, que se busque nodriza y niñera, empingorotados profesores, trajes y hasta marido ó mujer extranjeros; que almorcemos, merendemos, comamos, cenemos y bailemos á la francesa, á la inglesa ó á la americana..., y que prefiramos vivir siempre, ó casi todo el año, fuera de España, aun cuando á España tengamos mucho que agradecer... (¡Y tanto! Acaso demasiado...)

Lo que no puede pasar, porque ya pasa de la raya, es que recemos de otro modo que como nuestras madres nos enseñaron. Pocos serán los que no se conmuevan ante el recuerdo de las primeras plegarias, oraciones que se oyen, se repiten y se aprenden uniendo el nombre de Dios y de su Santa Madre al de la que nos dió, con el ser, las primeras ideas de otra vida mejor, digna únicamente de los que en esta saben cumplir sus más sagrados deberes.

Las inglesas, ¿rezan en español? ¿Qué francesa lleva á la iglesia un libro que no esté escrito en su propio idioma?

En cambio, las españolas que se dicen ilustradas, han arrinconado, no solamente aquellos devocionarios que sirvieron de premio á sus primeras notas de aplicación, y que acompañaron sus primeros rezos, sino todos cuantos están escritos en nuestro hermoso idioma, ¡porque ellas ya no saben orar ni leer ni pensar en castellano!

Adorna y «favorece» en extremo eso de llevar un libro de redacción francesa ó inglesa; pero siempre á la inglesa encuadrado; y «recomienda» mucho también que los demás fieles y los que no lo son se enteren de que ellas saben rezar en distintos idiomas, relegando el propio.

Mas después de observar cómo el traje ejerce tan deplorable influencia en los actos piadosos, robándoles algo, por lo menos, del sentimiento que deben inspirar;



Un traje de mañana muy apropiado para una jovencita



El bordado de trenca es hoy el último grito de la moda

brero es el culpable! Desde que las españolas, imitando á las que no lo son, lo han adoptado para ir al templo, no les quepa á ustedes duda: rezan poco y mal, puesto que armonizando con el tocado va el vestido, va el libro, y resultan «devotas exóticas».

Al expresar estas ideas parecemos que algo más reclama nuestra humilde atención y nuestra sincera aunque pobre defensa; algo que no se conformaba ni con el desprecio, ni con el «ostracismo»; algo, en fin, que ansiaba cambiar el alcanfor ó la naftalina por el incienso... Y ese algo es más que algo; es algo muy lindo y muy español: la mantilla. En otros tiempos no había mujer que prescindiera de su uso.

Como desde hace algún tiempo apenas se ve una mantilla en misa—en las solemnidades de Palacio, en las de Semana Santa, en ciertas bodas y en las fiestas taurinas reaparece—, identifiquémonos con aquel hidalgo español prendado de esta prenda y suplicando en su testamento que si en el funeral sus amigas querían rezar por él lo hicieran tocadas con mantilla...



Un vestido de noche, de seda y gasa bordada, que es una verdadera preciosidad

viendo de qué modo se acicalan las que van á misa, aunque ésta sea de difuntos...; fijándonos en que pueden patrocinarse funciones con que deslumbrar á la Humanidad y ofender á la Divinidad, nos convencimos no únicamente de que á la iglesia también se puede ir á presumir, coquetear ó implorar la caridad, haciendo gala de galas, sino que hay también novenas, confesores y predicadores de moda. Y en una de estas ocasiones, cuando mayor y más escogida era la concurrencia, al vernos rodeadas de tantas sillas cómodas, de tantos reclinatorios «bien»; al escuchar aquella orquesta y aquellas voces algo profanas, y, sobre todo, al reparar que nuestras «primeras rezadoras» llevaban sombrero, y que este adorno era tan llamativo como vistoso, no sólo creímos encontrarnos en pleno teatro, sino que, al fin, hallamos respuesta á nuestra pregunta.

Nos dimos varios golpes, y no de pecho, porque de nada teníamos que arrepentirnos en aquel instante, sino en la frente, cual si se tratara de la solución del más difícil problema, y exclamamos para nuestros adentros: «¡Hemos dado con el cuerpo del delito!»

Parece mentira, pero no lo es: ¡el sombrero es el culpable!

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

# La Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú

Víctor Balaguer fué, además de poeta de altos vuelos é insigne patriota, un fundador de Bibliotecas y Museos. En Madrid fundó la Biblioteca-Museo de Ultramar, situada antes en los jardines del Retiro, que ha desaparecido, y en Villanueva y Geltrú, la que lleva su nombre, que se conserva y acrecienta de día en día. El ejemplo de Balaguer estimuló á hombres eminentes á crear centros culturales en Cataluña. El poeta catalán fué el precursor de las fundaciones Arús y Fabra, en Barcelona, y de los Museos y Biblioteca episcopal de Vich, debida al Dr. Morgades, y del Cau Ferrat de Rusiñol, en Sitges.

La fotografía del edificio, que está emplazado en la plaza de la Estación, rodeado de jardines, da idea del carácter monumental que supo imprimirle el arquitecto Granell, quien armonizó los estilos egipcio y griego maravillosamente.

La Biblioteca constaba, en 1884, de 22.000 volúmenes, cuando Balaguer la entregó á la Junta de Patronato, y hoy tiene más de 40.000, sin contar los manuscritos y autógrafos. La mayor parte de los libros son modernos, editados en el siglo XIX, siendo completísimas las Secciones de Literatura é Historia y muy notable la colección catalana. A pesar de que los libros antiguos son, relativamente, pocos, hay códices, manuscritos é incunables de gran mérito, y ediciones raras y curiosas, como el *Scrutinium Scripturarum*, de Pablo Santamaría, obispo de Burgos, impreso en Mantua en 1475; las obras de Santo Tomás, edición de Basilea, 1492; una Biblia veneciana, del mismo año; las obras de San Buenaventura, impresas en Montserrat en 1499; comedias de Terencio, edición Rosembach, 1498; los *Usatges* de Barcelona, editados por Amoris en 1544, y una colección de folletos referentes á la Historia de Cataluña, muchos de los cuales son ejemplares únicos.

En el archivo hay originales y autógrafos de los más eminentes literatos y hombres políticos con temporáneos, pudiendo afirmarse que es el caudal más importante donde se puede estudiar la historia del renacimiento literario catalán y la actuación política de los reinados de Isabel II, Gobierno provisional, Restauración borbónica y Regencia.

El Museo tiene secciones de protohistoria; antigüedades egipcias; arte romano, precolombiano, chino y japonés; etnografía, vidriería, metalistería, armería, pintura, escultura, grabados, cerámica, mobiliario y numismática.

En la imposibilidad de hacer una reseña, reproducimos la *Anunciación*, del Greco, por ser la más importante obra de la pinacoteca, que, distribuidos en varios salones, tiene 381 cuadros, algunos debidos á maestros, entre los que citaremos á Sebastián del Piombo, Boucher, Viladomat y Hanger, entre los antiguos, y Sorolla, Casado del Alisal, Luna y Muñoz Degraín, entre los modernos. La pintura catalana está en mayoría, y la avaloran las firmas de Fortuny, Casas, Rusiñol, Enrique Serra, Galofre, Urgell y Meifren.

Las obras de escultura son 97. Reproducimos de ellas el original de Suñol, que parece una joya del arte griego antiguo, por su serena y gentilica belleza. También, como es natural, la mayor parte de las firmas son catalanas. En el índice figuran los prestigiosos nombres de Benlliure, Llimona, Querol, Fuxá, Nicoli, Vallmitjana, Nobas, Montserrat y Casanovas.

La numismática ofrece al estudioso 4.827 monedas de distintas épocas y países, y además la colección argentina de medallas consta de 1.854 ejemplares, siendo una de las mejores existentes.

Hay más de 500 ejemplares de cerámica, que dentro de poco se instalarán en un salón especial ya proyectado, cuya realización se deberá al apoyo del Ministerio de Instrucción pública.

Entre los objetos de arte antiguo figura un curiosísimo almirez de bronce. Esta joya del arte hispanoárabe procede del antiguo castillo de Monzón, y fué donada al Museo por nuestro ilustre compañero de Junta de Patronato D. Eduardo Jalón, marqués de Castrotuerte.

Y nota también interesante de este admirable Museo es un frontal románico procedente de Santa María la Blanca, de Toledo. Es un ejemplar magnífico, digno de ser estudiado en una monografía documentada.

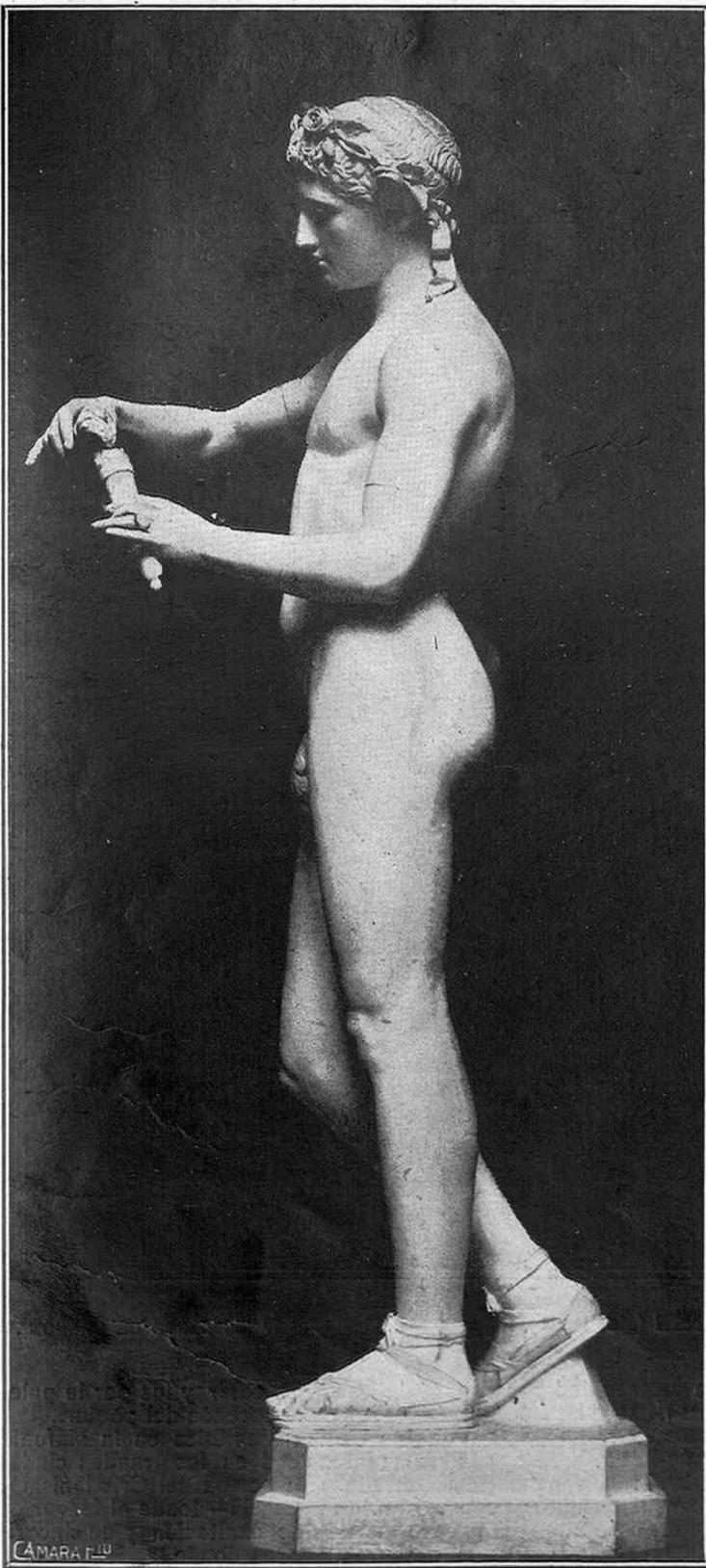
La fundación de Balaguer se sostiene con un pequeño capital legado por el poeta, una subvención del Ayuntamiento de la villa y otra muy modesta de la Diputación.

Algunos particulares forman un Cuerpo de Protectores, y escritores, artistas y patricios la fomentan con donativos.

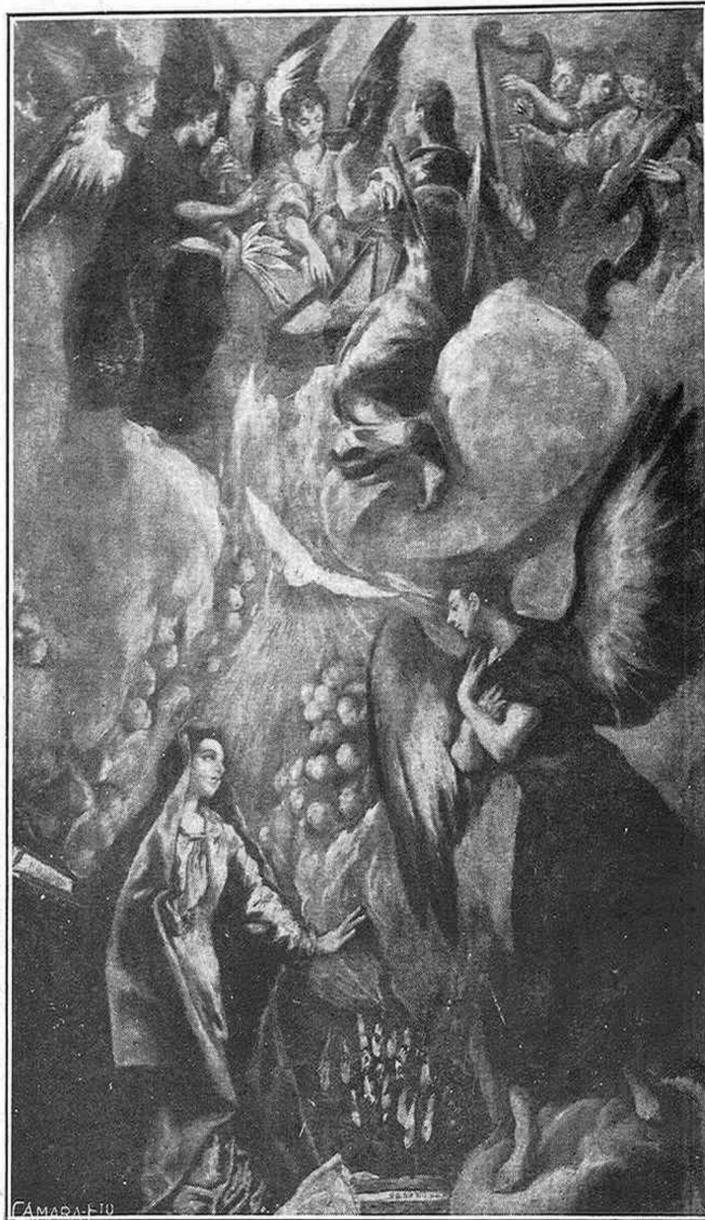
La Biblioteca está servida por el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, y la administración del Instituto corre á cargo de una Junta de Patronato nombrada por el fundador, que se renueva con individuos que designa el Ayuntamiento para llenar las vacantes.

Y la dirección del Museo corre á cargo de este aficionado admirador de Balaguer, quien no sale de su asombro al ver que, sin consignación ninguna durante años enteros, prospera y crece de día en día, gracias á los hombres de buena voluntad, que al conocerla aman la obra balagueriana.

J. FABRE Y OLIVER



"Himeneo", escultura de Suñol, cuyo original se conserva en el Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú



"La Anunciación", del Greco, cuadro existente en el Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú

## ITALIA SENTIMENTAL



El templo de Santa María, en Monticelli (Roma)

AGUAFUERTE DE CARBONATI

SIEMPRE fué Italia — tierra de encanto, de arte y de tradición — el país en que el sentimiento palpitó con los más intensos ritmos. Sentimiento patriótico, sentimiento religioso, sentimiento artístico parecen latir eternamente en todas sus piedras, en todas sus esculturas, en todos sus palacios, en todos los versos de sus poetas. Y así, como una inmensa armonía sentimental, hablan al viajero, con la voz misteriosa del corazón, los centenarios muros empolvados por el correr de los siglos, los jardines florecidos de belleza bajo el incomparable milagro del cielo latino, los rincones que guardan la fragancia de los días muertos, los lugares encendidos de fe y exaltación por el símbolo bendito de la Cruz, los lienzos, los mármoles y las estrofas en que vibra esplendorosamente el alma del arte,

hecho forma y serenidad por el buril del escultor; color y luz por la paleta del pintor; ritmo, belleza y musicalidad por el corazón del poeta...

El sentimiento religioso, uno de los motivos capitales en la sinfonía sentimental de Italia, arde con la misma intensidad en las grandes ciudades, donde brilla con cegadores centelleos la pompa del Cristianismo, que en los burgos humildes — como este de Monticelli — donde el fervor es más íntimo, más recatado, pero lleno también de exaltación y de sinceridad. Es en los templos de estos oscuros lugares donde la llama de la religión se enciende con más fuerte poder de fe y de emoción. El silencio y la sencillez se infunden en el alma de los creyentes, que sienten latir su corazón con tenues impulsos de humildad, de beatitud.

# El entierro de la ex Emperatriz de Alemania, en Potsdam



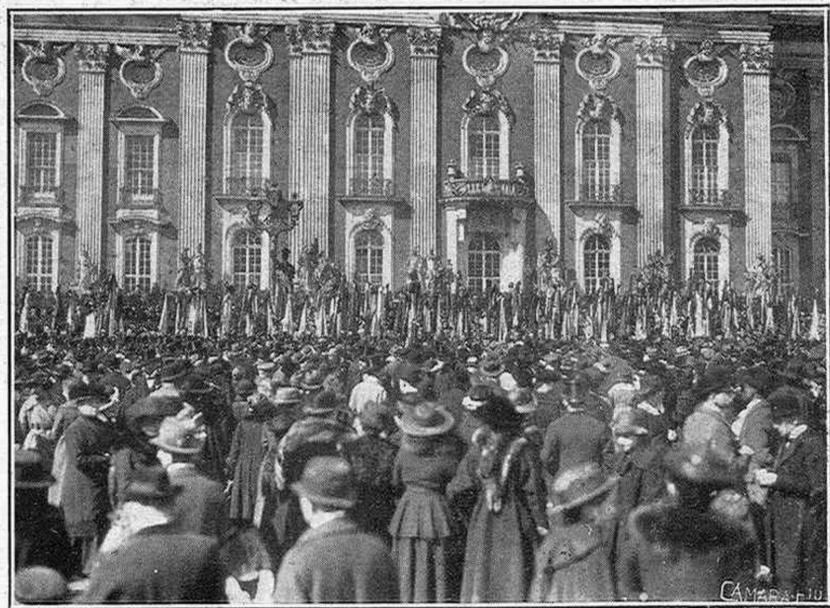
La Kronprinzen y el Príncipe Eitel Federico, y detrás de éstos los Príncipes Augusto Guillermo, Adalberto y Oscar



El saludo de los estudiantes al paso del féretro que encerraba los restos de la ex Emperatriz de Alemania



El féretro rodeado de los antiguos ayudantes de la Corte Imperial



La multitud presenciando el paso del cortejo delante del Palacio de Potsdam

**S**OLEMNE exteriorización del general sentimiento causado en Alemania por el fallecimiento de la augusta dama que ciñó la diadema imperial, fué el acto de conducir sus restos mortales al templo de *Sans Souci*, en el parque de Potsdam, donde recibieron sepultura el día 19 del actual. Acompañaron el cadáver hasta su última morada la esposa del Kronprinz, los Príncipes Eitel y Augusto Guillermo y sus augustas consortes, los mariscales Hindenburg y Mackensen, los oficiales que pertenecieron al cuarto militar del Kaiser y gran número de generales y personajes palatinos. La fúnebre comitiva ocupaba una extensión de más de tres kilómetros.

Al ser depositado el féretro en el templo se celebró el Oficio de



La comitiva en el parque de "Sans Souci", al llegar al templo donde se han inhumado los restos de la ex Emperatriz

Difuntos, despidiendo seguidamente el duelo. Millares de curiosos presenciaron el desfile de la comitiva, descubriéndose con profundo respeto al paso de aquella grandeza dramáticamente extinta entre las trágicas convulsiones que han sido epílogo del más poderoso Imperio de la tierra.

Emocionante, sin duda, debió ser esta postrera despedida del pueblo alemán a la augusta señora que durante tantos años fué verdadero genio tutelar de los desheredados, que enjugó muchas lágrimas y socorrió muchas desventuras, contribuyendo personalmente con sus bienes particulares al sostenimiento ó a la fundación de innumerables obras de filantropía, no sólo en Berlín, sino en todo el vasto territorio de Alemania.



## ESTAMPA DE LEYENDA

COMO en una bella estampa de leyenda medieval, hay en este jardín de Blanca-Flor un suave encanto romántico. La figura frágil, cimbreña y estilizada de la princesa; las purpúreas vestiduras de los mancebos; las escuetas siluetas de los árboles de hojas acorazonadas destacándose sobre el oro del ocaso, hacen pensar en aquellos otros jardines de las farsas y los cuentos de Valle Inclán. Y así, surge la evocación, ante el jardín de Blanca-Flor, de aquel otro de la princesa de Imberal, donde el ritmo eterno de las fontanas, la doliente altivez de los cipreses y el fragante esplendor de las rosas formaban una lírica armonía de amor y de ensueño...

Blanca-Flor—como aquella otra princesa cuyo corazón palpita en los versos magos de Rubén—está triste... Se apagan la fragancia y el color de las rosas de su rostro; enmarcado por los áureos cabellos ondulantes; no hay fulgor de ilusión ó de esperanza en las gemas de sus ojos, y en sus labios no vibra locamente el cascabele de una risa ó una canción. Se estiliza, se quiebra y palidece su cuerpo levemente aprisionado entre las pomposas sedas de la vestidura, que tiene una suave tonalidad de nieve y de rosa de té... Y huyendo de la rutina ceremoniosa del palacio, Blanca-Flor gusta de pasear su fina silueta aristocrática—que tiene un bello dejo de melancolía—por las avenidas del jardín, sin una ilusión en los ojos, ni una sonrisa en la boca, ni un amor en el alma...

El jardín de Blanca-Flor tiene, bajo las áureas llamaradas del sol, un intenso aroma de pasión y de ensueño. La policromía del suelo; la serenidad fragante del ambiente; la enorme turquesa del cielo, palpitante de luz y de color; la lumbré cegadora del sol, constituyen los motivos más bellos en el poema de juventud, de amor y de leyenda que entona la vida en el romántico jardín de Blanca-Flor. Los árboles elevan sus finos contornos hacia el azul, estallando sus copas en hojas en forma de corazones que diríanse latiendo con impulsos de pasión y de aventura, como nuevos versos en las encendidas estrofas de la canción del jardín. Y contrastando con este palpitar cálido de la Naturaleza, hay en el alma de Blanca-Flor un doliente ritmo de melancolía y desesperanza...

Es en este jardín donde, como en una estampa de cuento de hadas, Blanca-Flor recibe las joyas, las rosas y los versos que son ofrenda á su tristeza de otoño prematuro. Ante ella desfilan, en un cortejo fantástico y deslumbrador, artifices, guerreros, poetas... A sus pies abren cofrecillos rebosantes de esmeraldas, de topacios, de rubíes que despiden, al ser besados por el sol, fulgores de sangre. Como una catarata de cegadores centelleos son las joyas con que se pretende ceñir los brazos sedosos y la nevada garganta de Blanca-Flor... Pero es en vano, como es en vano también que el guerrero ponga á sus plantas, en un rendido homenaje de galantería, su armadura acerada y su recia espada

vencedora en lizas y combates y cien veces teñida por la púrpura de la sangre humana. Y son igualmente inútiles para la melancolía de Blanca-Flor los más costosos perfumes de Oriente y las más exquisitas rosas de Florencia. El impulso de su corazón no logra ser tampoco acelerado por los versos que dice el poeta, con el alma florecida en las más bellas palabras de amor, en los más encendidos madrigales y en las más líricas estrofas de elogio y exaltación...

Y, á pesar de versos, de perlas y de rosas, Blanca-Flor continúa en una tristeza que apaga el fulgor de sus pupilas, hace más intensa la violeta de sus ojeras, marchita el clavel de su boca y palidece las rosas fragantes de su cuerpo. Una doliente rosa de melancolía ha florecido en el rosal de su juventud, donde debiera cantar la alondra de la ilusión. Olvidada de riquezas y esplendores, Blanca-Flor sigue paseando por su romántico jardín, encendido de luz, de color y de aroma por el triunfo primaveral. Cruza sus avenidas, se oculta entre sus frondas y contempla á los erguidos árboles de hojas en forma de corazón que buscan el azul de las alturas. Acaso Blanca-Flor quiere hallar entre esos corazones el suyo, que también ha buscado el azul de las alturas, marchando, por ser más bello y más amable, tras la quimera, tras lo lejano, tras lo imposible...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE HIDALGO DE CAVIEDES



HELIOS



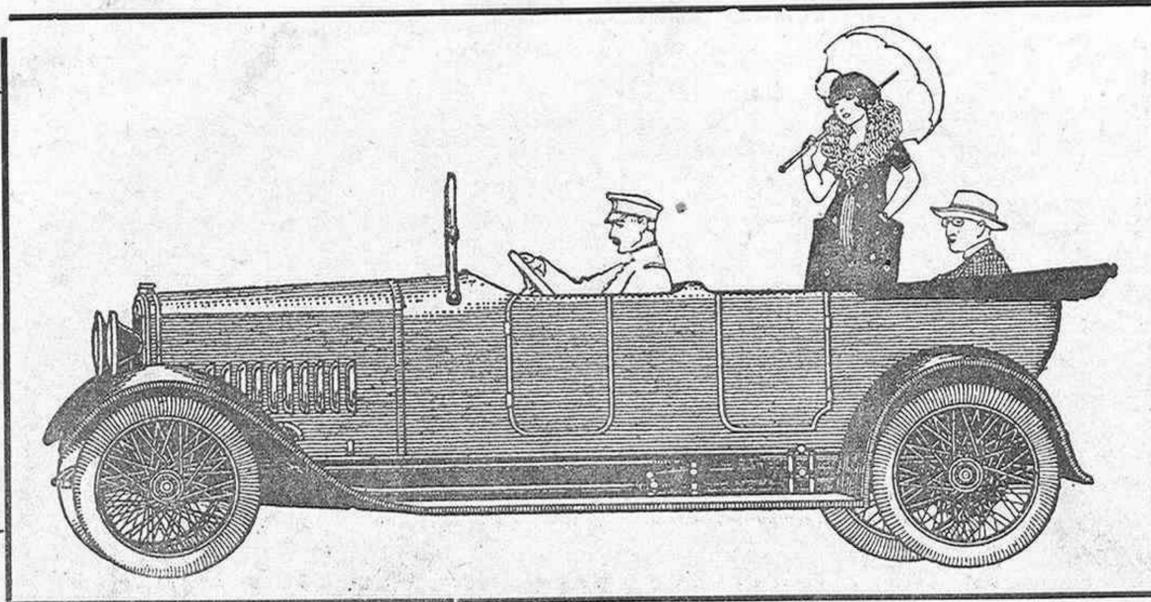
# Coñac Caballero

# AUTOMÓVILES "ESPAÑA"

ENTREGA EN EL ACTO

CHASSIS  
8-10 HP.

90 kilómetros  
por hora



CHASSIS  
ESPECIALES

115 á 120 kms.  
por hora

Representante para Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Galicia, Asturias, Vascongadas y Navarra:

**JERÓNIMO ALVAREZ**

Teléfono 14—09 S.

Paseo de la Castellana, 14  
**MADRID**

J. C. WALKEN, fotógrafo, SEVILLA, 16

**CONSERVAS TREVIJANO**  
LOGROÑO

¡¡¡PECA CURA!!!  
¡¡¡PECA CURA!!!



El nuevo estribillo del lor: «PECA-CU-  
UUUUURA, PECA-CUUUUUUURA.  
¡Caaa...ramba, con tanta PECA-CURA!»

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —  
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,75.  
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones  
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

**ÚLTIMAS CREACIONES**  
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERI-  
CO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,  
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,  
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.  
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con  
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

## SENOS



Desarrollados, Reconstituidos,  
Hermoseados, Fortificados  
con las **Pilules Orientales**  
el unico producto que en dos meses  
asegura el desarrollo y la firmeza  
del pecho sin perjudicar la salud.  
Aprobado por las notabilidades  
médicas

J. RATIÉ, Pharm. Paris.  
Un frasco se remite por correo, enviando 7.50  
pesetas en libranzas o giro postal a CEBRIAN Y  
C<sup>o</sup>, Lauria, 26, Barcelona de venta en Madrid  
Gayoso, Arsenal 2, en Barcelona · Oliver, Hospital 2

## TINTAS

LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE

**Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES  
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 **BARCELONA**  
Despacho: Unión, 21

**LO MEJOR PARA LA BOCA**  
**ALCOHOLATO**

ELIXIR DENTÍFRICO

**CURA DOLOR DE MUELAS**  
Carmen, 10, Alcoholera

Lea usted **NUEVO MUNDO**

## ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-  
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É**  
**INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,  
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,  
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,  
desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Maravillosa Crema de Belleza  
PERFUME SUAVE  
J. LESQUENDIEU-PARIS  
**REINE DES**  
**CREMES**  
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

**ALMACENES DE**  
**JOYERIA Y PLATERIA**

**FERNANDEZ Y VEIGA**  
Esparteros, 16 y 18, Madrid · Teléfono 2.529 M.

--- Pagamos su valor por brillantes, perlas y toda clase de alhajas ---  
Grandes existencias en objetos para regalos, vajillas, bandejas y orfebrería